



Relaciones entre juventud, género y espacio en la construcción identitaria de mujeres jóvenes a través de experiencias musicales y prácticas de ocio en zonas de Medellín y el Área Metropolitana del Valle de Aburrá

Laura Londoño Diosa

Trabajo de grado presentado para optar al título de Antropóloga

Asesora

Natalia Andrea Restrepo Hernández, Magíster (MSc) en Antropología

Universidad de Antioquia
Facultad de Ciencias Sociales y Humanas
Antropología
Medellín, Antioquia, Colombia
2024

Cita

(Londoño Diosa, 2024)

Referencia

Estilo APA 7 (2020)

Londoño Diosa, L. (2024). *Relaciones entre juventud, género y espacio en la construcción identitaria de mujeres jóvenes a través de experiencias musicales y prácticas de ocio en zonas de Medellín y el Área Metropolitana del Valle de Aburrá*. [Trabajo de grado profesional]. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.



CRAI María Teresa Uribe (Facultad de Ciencias Sociales y Humanas)

Repositorio Institucional: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

Dedicatoria

Este trabajo lo dedico a mis interlocutoras, mujeres seguras y fuertes que estuvieron dispuestas a hablar de sus experiencias y opiniones conmigo. Fue una experiencia increíble conversar y compartir a su lado momentos acompañados de tintos, lluvia, sol, música y risas.

Agradecimientos

Le agradezco a mis padres, que siempre fueron un sostén enorme en todo el proceso de elaboración de este trabajo, en los momentos más adversos fueron la luz que me mantuvo con fuerza. A William por su apoyo y a Aida por su constante paciencia y consejo.

A Natalia, quien me asesoró y ayudó incondicionalmente a pesar de las dificultades atravesadas en toda la construcción de este trabajo y por las estimulantes conversaciones en medio de las crisis.

A mis amigas Carolina y Ana, que constantemente me motivaron y me ayudaron con lecturas y opiniones. Junto a ustedes, mi proceso fue mil veces mejor de lo que esperaba.

Y a mis interlocutoras por hacer posible este trabajo.

Tabla de contenido

Resumen.....	7
Abstract.....	8
Introducción	9
1 Planteamiento del problema.....	13
1.1 Antecedentes.....	17
2 Justificación.....	22
3 Objetivos	23
3.1 Objetivo general	23
3.2 Objetivos específicos	23
4 Marco teórico	24
4.1 Juventud, ¿sobre quiénes habla este concepto?.....	24
4.2 De la homología a la narrativa: recorrido por algunas formas de entender la identidad y la música	27
4.3 Cuerpo y prácticas musicales: concepto ser-en-el-mundo y carne.....	32
4.4 Performatividad y discurso en los procesos de construcción identitaria del género	34
4.5 Espacio, distinción y relacionamiento juvenil.....	37
5 Metodología	40
5.1 Criterios de selección	40
5.2 Categorías.....	41
5.3 Fases del desarrollo en campo	42
6 Resultados y discusiones.....	44
6.1. Percepciones sobre algunas zonas del AMVA.....	57
6.2 Dinámicas en las discotecas	58
6.3 Ecos de la ciudad: sonidos, cuerpos e identidades. Reflexiones sobre la construcción de este trabajo.	60

7 Conclusiones 63

Referencias..... 66

Anexos 68

Lista de tablas

Tabla 1 Preguntas y categorías.....41

Resumen

El objetivo de este escrito es analizar la relación entre juventud, género y espacio en la construcción identitaria de mujeres jóvenes mediante sus experiencias musicales y prácticas de ocio. Para esto se realizaron observaciones participantes y entrevistas semiestructuradas a mujeres entre los 18 y 28 años. Se halló que muchas mujeres jóvenes pueden tener diferencias sobre lo que escuchan a solas y estando un grupo, donde, en ocasiones perciben las letras de las canciones que consumen en colectividad como sexistas, que cosifican a la mujer (reguetón y trap). Las opiniones que tienen al respecto y las prácticas corporales (el baile y la escucha) permiten reflexionar sobre otras formas de negociar con los discursos hegemónicos para construir su identidad. Igualmente, marcan distinciones con los demás a partir de los espacios que deciden frecuentar y evitar, mediante imaginarios nutridos de estereotipos y realidad, que son asignados a las personas que habitan dichos espacios, permitiéndoles diferenciarse por las apariencias o la capacidad de consumo.

Palabras clave: juventud, género, espacio, música, distinción, identidad.

Abstract

The objective of this paper is to analyze the relationship between youth, gender and space in the construction of identity of young women through their musical experiences and leisure practices. For this purpose, participant observation and semi-structured interviews were conducted with women between the ages of 18 and 28. It was found that many young women may have differences about what they listen to alone and in a group, where they sometimes perceive the lyrics of the songs they consume collectively as sexist, objectifying women (reggaeton and trap). The opinions they have in this regard and the bodily practices (dancing and listening) allow them to reflect on other ways of negotiating with hegemonic discourses in order to construct their identity. Likewise, they make distinctions with others based on the spaces they choose to frequent and avoid, through imaginaries nurtured by stereotypes and reality, which are assigned to the people who inhabit these spaces, allowing them to differentiate themselves by appearances or consumption capacity.

Keywords: youth, gender, space, music, distinction, identity

Introducción

El consumo musical posibilita las construcciones identitarias, por lo que se convierte en un escenario de integración y comunicación, pero también de exclusión y diferenciación. Lo consumido comunica significados mediante los cuales se pueden establecer definiciones, diferenciaciones, códigos y valores. La música tiene implicaciones sociales, se establece como experiencia individual y colectiva, en donde cada persona se identifica desde su subjetividad, como también desde valores grupales (Tipa, 2015). Si bien, nuestro acercamiento a la música y su consumo se da en diversas etapas de la vida, como la infancia, la adolescencia y la adultez, es un bien cultural mayormente consumido por jóvenes.

La población joven es amplia y diversa, por lo que el interés de este trabajo se concentra en la juventud atravesada por experiencias de género y clase. Se reconoce que no hay una sola forma de ser joven sino múltiples, pues se trata de realidades en las que constantemente se relacionan categorías estructurales como el género, la clase, la etnia, la religión, entre otras, haciéndolas únicas y complejas. En pocas palabras, los contextos sociales generan diferentes juventudes, lo que se refleja en los gustos, preferencias, consumos y prácticas musicales en un escenario local y en grupos específicos, en este caso, el de las mujeres jóvenes.

El interés por indagar sobre el género radica en la desigualdad y las brechas entre hombres y mujeres, que si bien están presentes es el aspecto económico también se ve reflejadas en los consumos y prácticas socioculturales. Según el informe de calidad de vida de Medellín en 2022, la tasa de desempleo es mayor en mujeres, y de las personas que no tienen ni buscan empleo, el 68% también son mujeres. Esto es porque son quienes asumen los cargos de cuidado, factor que no permite tener estabilidad económica y representa un riesgo en la vejez, al no asegurar el acceso a una pensión, ya que gran parte de su vida la dedicaron a este tipo de labores (Medellín Cómo Vamos, 2022). Aunque, actualmente, se han dado grandes cambios y se proponen políticas públicas para mejorar el bienestar de este grupo, aún hay mucho por hacer.

Sumado a lo anterior, el panorama para las mujeres jóvenes que se expone en el informe de 2020, indicó una disminución en el mercado laboral tras la pandemia, pues fue el grupo poblacional que más impactó, registrando la mayor tasa de desempleo para este año. Además, las mujeres jóvenes fueron quienes ocuparon la mayor proporción de jóvenes que no estudian y tampoco trabajan, lo que implica un riesgo para alcanzar una autonomía económica ya que tardarían más

tiempo en entrar al mercado laboral (Medellín Cómo Vamos, 2020). Así, sigue siendo complejo salir de la esfera doméstica y de cuidado asignada históricamente a lo femenino.

Esta atribución de roles y características a lo femenino y a lo masculino surge en una visión patriarcal de las relaciones interpersonales, que implica representaciones y discursos (presentes en todos los ámbitos sociales, incluidos los consumos culturales como la música) que dialogan con las realidades de las jóvenes y que pretenden adherirse a sus identidades y reproducir valores y significados sociales para mantener el *status quo*. De esta forma, se pueden generar dificultades para desarrollar actividades sociales y de ocio juveniles al relacionar lo femenino con lo privado, lo débil y lo subordinado. No obstante, las mujeres jóvenes interactúan con los discursos que encuentran en la música y negocian sus significados mediante la escucha, el baile, la corporalidad, entre otras cosas, que les permite subvertir los valores que se asocian a lo femenino.

Igualmente, los discursos y representaciones impactan los gustos y preferencias de las mujeres jóvenes, no solo en el aspecto del género, sino del espacio que deciden frecuentar en su tiempo de ocio. Pues, ciertas zonas de Medellín y del Área Metropolitana del Valle de Aburrá (AMVA), han sido estereotipadas y estigmatizadas por clases sociales como las que mejor oferta tienen o las que pueden ser más o menos incómodas y peligrosas para las prácticas juveniles en las que participan, debido a las personas que las habitan y a la segregación espacial que permite esta forma de diferenciarse y de identificarse con los otros.

Así pues, fue necesario preguntarse por la relación existente entre las experiencias musicales de las mujeres jóvenes con su género y los espacios que frecuentan en Medellín y el AMVA, con el fin de indagar por la presencia y la influencia del consumo musical y las prácticas que se dan a su alrededor en la construcción identitaria de este grupo poblacional. Fue necesario reflexionar sobre la identidad y su relación con la música, la interacción con las letras y ritmos de las canciones mediante la narrativa y los sentidos, las experiencias compartidas en espacios de ocio y las dinámicas de distinción que emplean.

Para reflexionar al respecto, se hace un recorrido por los conceptos de juventud y construcción identitaria a través de la música, y la relación entre la música y los sentimientos desde una perspectiva neurológica. Esto para contextualizar el panorama dando pie a las discusiones que articulan la construcción identitaria del género mediante la música y las distinciones en la ciudad a través del espacio. Con Pérez (2008), se realiza un recorrido histórico respecto al concepto de juventud, mientras que con Margulis y Urresti (1998), se plantean elementos importantes para

comprender las juventudes, principalmente desde las diferencias de clase y género. También se recorren las formas de estudiar las identidades y la música, junto a Vila (1996) y Frith (2003), para introducir la importancia del discurso y lo imaginario en los procesos de construcción identitaria, donde el uso de categorías y negociaciones posibilita la identificación con experiencias narradas en las letras de las canciones.

También se exploran las formas de construcción identitaria del género y su relación con la música. Para esto se trae a colación el concepto de identidad narrativa como lo expone Vila (1996), en el que hay interpelaciones y luchas discursivas para definir las experiencias e incorporarlas a la historia de cada persona. Como también hay un intento por reivindicar el cuerpo como elemento indispensable en el conocimiento del entorno y de los otros, mediante la filosofía de Merleau Ponty y su concepto de ser en el mundo, que analiza Citro (2006) y que relaciono con las experiencias musicales y corporales de las mujeres jóvenes. Igualmente, es indispensable dialogar con la teoría de Butler (2007) para dar cuenta de cómo se forman las identidades de género y cómo pueden ser influenciadas por el consumo musical.

Por otro lado, se quiere comprender cómo las mujeres jóvenes perciben su ciudad. Según Quiceno & Sanín (2009), los espacios suelen recibir los mismos estereotipos de sus habitantes, de forma que a veces pueden generar miedo o interés. Estos estereotipos surgen según el gusto, como explica Bourdieu, y hay gustos que pueden basarse en la clase social y las características asignadas a cada una, lo que puede verse en los trabajos de Margulis (1997) y Ramírez (2012) sobre la dinámica de la vida nocturna juvenil, donde ir a las discotecas es parte significativa de las prácticas de la ciudad.

Para la metodología se utilizaron técnicas etnográficas como la observación participante en algunos espacios de ocio de la ciudad y la entrevista semiestructurada a mujeres jóvenes de varias zonas de Medellín y el Área Metropolitana, donde se preguntó por sus experiencias y prácticas musicales.

Así se pretende incentivar el interés por el estudio de las experiencias musicales atravesadas por diversas realidades sociales, que dialogan con valores, significados y discursos que se disputan por un lugar en las narrativas identitarias al consumir música y al participar en las actividades que brinda la ciudad. Si bien, es importante indagar por la cultura juvenil, también es necesario preguntar por su multiplicidad, como también por otros grupos de edad, de clase, étnicos, religiosos, entre otros. Por esto sigue siendo un campo valioso para la investigación social, al

preguntarse por las experiencias y las prácticas musicales cotidianas, se pueden encontrar valiosas formas de estar en el mundo, de habitar el cuerpo y el territorio.

1 Planteamiento del problema

Al ser la música un elemento constante en la vida diaria ha sido un tema recurrente en los estudios sobre juventud debido a su presencia e influencia en las prácticas y experiencias sociales. Ya que se trata de una etapa importante en la construcción identitaria, la música y las prácticas que se dan a su alrededor, engloban diversas interpelaciones y opciones para identificarse, construyendo una narración de quien se es, de quien se quiere ser y de quiénes son los otros, por lo que es un elemento importante para comprenderse a sí mismo y comprender el entorno.

En este proceso hay que reconocer la multiplicidad de realidades juveniles, pues la juventud no es un grupo homogéneo, sino que está atravesado por diversas y complejas experiencias (de género, de clase, de etnia, entre otras) que influyen en los gustos, las afinidades y las diferencias que establecemos con los otros. Por tanto, hay que considerar las articulaciones presentes en la experiencia de las jóvenes y la relación que pueden tener con la música, las prácticas de ocio y las narrativas generadas en la construcción identitaria.

Según el informe en conjunto del DANE (Departamento Administrativo Nacional de Estadísticas), CPEM (Consejería Presidencial para la Equidad de la Mujer) y ONU (Organización de las Naciones Unidas) de 2022, en Colombia, la realidad de las mujeres enfrenta situaciones que aún no permiten alcanzar una completa igualdad de género. Lograr una estabilidad económica, la desigualdad en la distribución de los trabajos domésticos y las labores de cuidado que no son remunerados, las barreras para acceder al poder en cargos públicos y privados y la violencia contra las niñas y mujeres, son situaciones que tienen una raíz histórica y que presentan diferencias si se vive en zonas urbanas o rurales, donde cada contexto implica analizar y solucionar necesidades específicas.

Un ejemplo importante de la desigualdad de género en el país se trata de la desigualdad económica, la cual propició una brecha salarial promedio de 5,8% para 2020, que no necesariamente disminuyó con relación al 2019 (7,1%) por mejoras en las condiciones laborales sino por factores asociados a la pandemia, en este mismo año la disminución de micronegocios que tenían mujeres como propietarias con respecto a 2019 fue de 9,3%, mientras que de los micronegocios con hombres como propietarios fue de 4,9%; una tasa de desempleo más alta en mujeres (17,1%) que en hombres (10,4%) para inicios del 2022 (diferencia que se incrementa en

las zonas rurales), y obstáculos para hacerse de recursos al llegar a una edad avanzada con discapacidades y con dificultades para acceder a una pensión¹ (DANE, CPEM y ONU, 2022).

El panorama de Medellín es similar: desempleo (según Medellín Cómo Vamos, en 2020 fue mayor en las mujeres jóvenes que en el resto de la población), dificultades para ingresar en el mercado laboral, para encontrar una estabilidad económica y para acceder a una pensión: “en el Valle de Aburrá, las mujeres representan la mayor proporción de jóvenes que no están ni trabajando ni estudiando [jóvenes nini]; históricamente, tres de cada cinco jóvenes nini es mujer” (Medellín Cómo Vamos, 2020, p. 309), dificultando la superación de ideas que relacionan lo femenino con la esfera privada de la sociedad, la subordinación, la inferioridad, entre otros. Son obstáculos que han permeado históricamente la vida de las mujeres en nuestro contexto debido a concepciones patriarcales del género que regulan los trabajos, los comportamientos, las cargas domésticas y de crianza, y que están relacionados con las violencias sexuales y de género.

Los estudios que analizan estas realidades son necesarios para crear políticas que superen las desigualdades relacionadas con el género, así como las investigaciones que centran su atención en una esfera simbólica, donde las diferencias se expresan en consumos culturales y prácticas sociales que comprenden ideas y concepciones que se reproducen, se rechazan y se negocian. Así pues, las concepciones patriarcales que se reproducen en nuestra sociedad también pueden encontrarse en otros campos culturales como en la música, sus consumos y los espacios de ocio juveniles. Están presentes en forma de discursos y comportamientos que se establecen como verdad; sin embargo, la música también permite que otros discursos lleguen a las jóvenes para negociar su sentido y construir su identidad.

En esta construcción identitaria, además de las categorías ligadas al género, también hay diversos discursos con los que las mujeres se encuentran a diario, valoraciones sobre algunas zonas del Área Metropolitana del Valle de Aburrá que inciden en la interacción social y que están basadas en estereotipos espaciales que han sido influenciados por el modelo que implementó el Estado colombiano para medir y asignar recursos, la escala de estratos socioeconómicos (Blanco, 2021):

¹ La esperanza de vida es mayor para las mujeres (80.1 años) que para los hombres (73.8 años) y la experiencia de envejecimiento es diferente en ambos casos (DANE, CPEM y ONU, 2022). La dedicación por varios años a las labores domésticas y de cuidado no remuneradas pueden ser un obstáculo para acceder a una pensión y estabilidad económica en la vejez.

En Colombia, el concepto de estrato socioeconómico permea las interacciones entre las personas y les da sustento a las comunidades de iguales, así como a la creación y el mantenimiento de las diferencias sociales entre alteridades, jerarquizando las zonas de la ciudad y a sus residentes, generándose una socialmente reconocida, clara y operativa cartografía moral del territorio (Blanco, 2021, p. 155).

Los jóvenes se sirven de estas valoraciones para determinar qué zonas visitar en su tiempo de ocio, pues estas ideas pueden estar cargadas de estereotipos que permiten realizar una distinción con los otros y al mismo tiempo, compartir los espacios con personas que sienten afinidad. No es solo un asunto territorial, sino que se trata de aspectos sociales manifestados en lo espacial, donde hay estereotipos basados en el estrato y la clase, que son reflejados en el gusto, el poder adquisitivo, la educación y lo familiar.

En Colombia el tema de la clase y el estrato socioeconómico es interesante, empezando por mencionar que se trata del segundo país menos equitativo de Latinoamérica, según el Banco Mundial. En el país, la riqueza está distribuida de forma desigual, entendiéndose que la desigualdad no se vive solo en términos socioeconómicos, sino que también se ve en lo relacionado al acceso a la propiedad, la educación y el empleo formal (BBC, 2022).

Desde 1985, surgieron los estratos con la intención de garantizar a todas las personas el acceso a los servicios básicos: al agua, la electricidad y el gas. Además, en la Constitución de 1991 el acceso a estos servicios se estableció como un derecho fundamental. Así pues, cabe mencionar que a los colombianos se les clasificó en 6 franjas, 5 y 6 para las personas más ricas, 1, 2 y 3 para las personas más pobres y 4 para el punto intermedio. Este último paga el precio bruto de los servicios públicos, mientras los estratos 5 y 6 pagan más para subsidiar los servicios de los estratos 1,2 y 3. Pero la estratificación también genera fricciones sociales, ya que el estrato se mide según aspectos materiales de las zonas residenciales (BBC, 2022), lo que luego pasa a permear las interacciones sociales y cotidianas clasificando a los demás dependiendo de su lugar de procedencia y de residencia.

(...) en todas partes existen sistemas de clasificación socioeconómica que buscan que los ricos paguen por los servicios de los pobres. Pero en Colombia esa clasificación no se da por criterios de ingresos o renta, sino que se da por esto: el estado de la calle del frente, los

materiales de construcción y el acceso a servicios públicos y de transporte (BBC, 2022, 58s).

El problema radica en que los estratos se vincularon a sectores específicos, se usaron para determinar el ingreso a la universidad, conseguir un empleo y el trato en los centros de salud, en pocas palabras, para clasificar a las personas sin que ellas pudieran librarse de esas clasificaciones. Pero no solo fueron utilizados por el estado y otras instituciones, sino que se instalaron en el plano cultural, donde se comenzó a clasificar socialmente según el origen familiar, la procedencia, el oficio, entre otros aspectos que permiten distinguirse e identificarse con los otros (BBC, 2022).

Según Quiceno y Sanín (2009), estas clasificaciones sociales se pueden expresar en estereotipos basados en prejuicios y que reducen a la persona a una parte de su identidad para definirla y entenderla. Son generalizaciones que asignan a personas y lugares una identidad basada en el estereotipo. Así pues, los habitantes de determinada zona pueden ser identificados con ciertos comportamientos: si eres de la periferia eres violento o peligroso y si resides en El Poblado eres rico o narco (Castillejo, 2000, como se citó en Quiceno & Sanín, 2009), o que si eres estrato 1 puedes ser honesto, analfabeta, delincuente, alguien que sobrevive cada día, y que si eres estrato 6 eres derrochador o alguien que lo tiene todo, por esto, algunos ciudadanos sienten que aunque la situación socioeconómica de alguien sea mejor o el barrio donde reside suba de estrato, los otros seguirán clasificándolo según su origen social, familiar, entre otros (BBC, 2022, 3m34s).

Así pues, los espacios que visitan las jóvenes en su tiempo de ocio (que posiblemente incluyan experiencias musicales) como los que evitan frecuentar, pueden estar cargados de estereotipos sobre los otros, limitando o expandiendo su movimiento por la ciudad en un contexto de goce y disfrute, donde hay diversas ofertas de consumo y dinámicas de interacción social que son influenciadas por la lectura que parte de la apariencia del otro y que lo reduce a una de sus características como un intento por definir lo desconocido.

Por todo lo anterior, la pregunta que guió la investigación fue: ¿cómo se relaciona la juventud, el género y el espacio en la construcción identitaria de mujeres jóvenes mediante sus experiencias musicales y prácticas de ocio?, ¿cómo se relaciona la música con las mujeres jóvenes y sus espacios de ocio en Medellín y el Área Metropolitana del Valle de Aburrá?, al igual que otras secundarias: ¿cómo se da la formación de identidades a través de la música? ¿Qué conlleva ser una

mujer joven en contextos de goce y disfrute en la ciudad? ¿Cómo interactúan con las letras de las canciones? ¿Cómo se diferencian y se asemejan de los otros a partir del espacio?

Esta propuesta surge con el fin de complejizar la mirada hacia las juventudes contemporáneas, principalmente, en mujeres jóvenes de Medellín, en donde a pesar de compartirse un mismo territorio se encuentran realidades distintas. Además, se quiere comprender cómo el consumo musical se relaciona con dichas realidades, pudiendo llegar a estar condicionado o influenciado por ellas. Para comprender las preferencias, los gustos, las identidades y las dinámicas que se generan alrededor de la música, es necesario prestar atención a la vida social y sus fluctuaciones. Se quieren identificar las posibles relaciones entre las experiencias y prácticas musicales con las categorías de juventud, género y espacio, analizándolas de forma articulada.

1.1 Antecedentes

Las investigaciones previas se acercan a la temática relacionando categorías como el espacio y la distinción, o el espacio con las experiencias y prácticas musicales, la música con identidades de clase o de género, entre otras, por lo que son útiles para guiar el análisis sobre la relación entre mujeres jóvenes, música y espacio demostrando cómo las jóvenes son socializadas con valores específicos que aceptan y cuestionan según su contexto social e historia de vida, moldeando su propia realidad.

Entre los estudios relacionados con el tema, está La construcción de la identidad juvenil a través de la música (Hormigos & Cabello, 2004), mostrándola como un elemento dinámico presente en la vida social y que la construye. Se trata de una práctica comunicativa y expresiva que forma parte de todos los individuos de la sociedad, principalmente de los jóvenes. Habla de la nueva música popular, tras la Segunda Guerra Mundial, que ha servido para influir en la sociedad creando valores y antivalores que permiten moldear una realidad acorde a la sociedad de consumo, formando un mercado de música popular para los jóvenes que permite observar sus procesos identitarios. Así, se concluye que la música no es una mercancía, sino un elemento que ayuda a percibir el mundo y que es capaz de gestar identidades.

Textos como Música, democratización y omnivoridad (Ariño, 2007), El debate sobre el omnivorismo cultural, que habla sobre consumos culturales, expone la omnivoridad cultural como un concepto que intenta explicar la multiplicidad de gustos estéticos, como una forma de ir más

allá respecto al esquema de alta cultura y cultura popular (diferencias en los gustos dependiendo de la posición o clase social), donde hay más apertura y tolerancia; sin embargo, la clase alta sigue encontrando otras formas de distinguirse, ya no por los consumos sino desde las modalidades de consumo (tecnologías, espacios, dinero). Aspecto importante al analizar las juventudes modernas, pues, desde finales del siglo XX los gustos se han vuelto más eclécticos, permitiendo el consumo y valoración de elementos culturales que antaño eran objeto de exclusión y distinción.

Son diversos los estudios sobre jóvenes y su clase social. Por ejemplo, el texto *Posludio: Música popular, identidad, resistencia y tanto ruido (para tan poca furia)* (Alabarces, 2008) habla sobre la importancia de lo subalterno, lo popular y la resistencia en las construcciones simbólicas que vamos formando como sociedad. Por un lado, expone lo popular como la dimensión ocupada por lo subalterno en las dinámicas simbólicas, por lo que la música popular debe analizarse junto a la categoría de clase y que siempre está en una constante lucha por la hegemonía en el plano simbólico. Por lo tanto, habla sobre dos géneros musicales importantes en la juventud popular argentina (rock y cumbia), que en contextos de crisis sociales se vuelven una parte relevante respecto a la construcción de una resistencia cultural (Alabarces, 2008).

Mientras que en investigaciones como *Jóvenes de clase alta de Medellín. Espacialidad, distinción, consumos, interacción y discriminación* (Blanco, 2021), se indaga sobre los jóvenes de clase alta en la ciudad de Medellín y su apropiación del espacio, sus creencias, estereotipos, sus lugares de disfrute y sus dinámicas, donde se evidencia cierta segregación urbana, en la que los jóvenes de clase alta se mueven solo en una pequeña parte de la ciudad, percibiendo el resto como algo desconocido, peligroso y lejano. Sin embargo, parte de este imaginario está relacionado con sus familias y su crianza, por lo que en algunas de sus dinámicas se nota una reproducción de la estructura social.

Por esta línea del espacio y la distinción social, se encuentra *Estigmas territoriales y distinciones sociales: Configuraciones espaciales en la ciudad de Medellín* (Quiceno & Sanín, 2009), que expone cómo la distinción social se puede evidenciar en las formas de habitar la ciudad, las rutas que se toman, los lugares que se visitan y los que se excluyen, además de los imaginarios sobre los “otros” que viven en dichos lugares. Realizan la investigación con jóvenes de algunos colegios en Medellín, que dibujan y exponen discursos que dan cuenta de algunos estereotipos y estigmas que se dan sobre un “otro” cercano y los espacios que habita.

También Vera (2018), en *Experiencias musicales y prácticas espaciales y culturales de los jóvenes en la producción de sentidos de ciudad en Medellín: en cuatro espacios de ocio y esparcimiento*, relaciona la juventud con la espacialidad y la música como formas de habitar Medellín y presenta las experiencias y las prácticas juveniles como creadoras de significados alrededor de la ciudad. Menciona la complejidad de la juventud, donde su construcción ha dependido de los contextos históricos, los cambios globales y categorías que se cruzan. Habla de la importancia del consumo de la música y su evidencia en estéticas corporales, subculturas, entre otros, y realiza un análisis histórico a través del cual explica cómo se ha ido configurando la juventud, en donde actualmente los espacios públicos se han convertido en lugares de reunión, de expresión y de ocio juvenil.

Igualmente, otras investigaciones hablan de otros espacios de ocio juveniles como las discotecas y las fiestas, que generalmente se dan durante la noche. En el primer capítulo de *La cultura de la noche: la vida nocturna de los jóvenes en Buenos Aires* (Margulis y otros, 1997), el autor habla sobre las dinámicas de esta cultura, entendida como una oposición entre quienes tienen el poder y quienes no, mirándolo como un asunto intergeneracional donde los adultos duermen en la noche y tienen el poder en el día, proponiendo la fiesta como una forma de libertad, de rebelión, de subversión de los poderes, de éxtasis. Realmente, la fiesta se trata de una simulación que cambia entre generaciones, puede ser una expresión de libertad, pero no es controlada por los jóvenes sino por personas adultas. Los jóvenes participan en estas dinámicas porque hacen parte de un abanico de significados sociales que se mantienen fuera de estos espacios, en la cotidianidad.

Por ejemplo, Ramírez (2012), en *¡Hoy es noche de antro! La discoteca como espacio productor de diferenciación social entre los jóvenes de Cuernavaca, Morelos, México*, explica las dinámicas que se dan dentro de estos espacios, que los jóvenes aceptan y que funcionan en relación con los valores sociales de la sociedad mexicana. En este texto se analizan de forma descriptiva los procesos de diferenciación social de los jóvenes “antreros”. A medida que estos jóvenes conviven en dicho espacio, con sus procesos y prácticas diferenciadoras, replican o reproducen la cultura dominante de la exclusión. Al excluir y al diferenciarse de otros también se forma parte de un grupo, una forma de identificación. Así pues, en este lugar la diferenciación social se da mediante tres actividades: 1) la entrada, 2) la distribución en el espacio y 3) las marcas simbólicas de diferenciación. Estas actividades se basan en criterios que están bastante relacionados con la raza, la case, la estética, entre otras clasificaciones. Además, algunos jóvenes están de acuerdo con los

critérios que determinan quienes pasan y quienes quedan excluidos, pues ellos sienten la necesidad de sentirse “exclusivos” (principalmente en el caso de la clase alta). De esta forma, generan identificaciones y diferenciaciones a partir de desigualdades sociales, estratifican y se estratifican a sí mismos, pues reproducen sistemas de exclusión aprendidos de la cultura hegemónica y la replican en sus espacios juveniles.

Otra investigación que relaciona la juventud, la música, las prácticas sociales y el género es *Una aproximación a la clase social, género y etnicidad en el consumo de música entre los estudiantes de la Universidad Intercultural de Chiapas* (Juris Tipa, 2015). Da cuenta de cómo el consumo musical puede estar condicionado por categorías como clase social, género y etnicidad, teniendo como reto identificar las imbricaciones y articulaciones entre estas categorías, en vez de analizarlas de forma aislada. El autor halló que una diferencia de clase se ve en la desigualdad de ingresos que reciben las personas jóvenes y la cantidad de dinero que estas pueden invertir en actividades de ocio como la asistencia a los antros. De igual forma, les asignaban nombres a estos sitios dependiendo de sus características y de las personas que asisten a ellos. Hay sitios “fresas”, “alternativos” y “de música latina”. Las rutas de ocio están relacionadas con el género y la clase, para las mujeres es más difícil salir porque deben pedir permiso a sus padres, mientras que a las chicas con mayores recursos económicos se les facilita esta situación, poseen un automóvil o usan taxi.

Por último, un estudio que abarca la relación entre género, música y clase es *La conflictividad de género en la cumbia villera* (Vila & Semán, 2006), que habla de la apropiación de un género popular en Argentina que ha sido interpretado con un carácter androcéntrico, pero que también es interpretado por otras realidades, las de las mujeres. Así pues, se describe el carácter conflictivo entre los géneros por los cuales circula la cumbia villera. La letra, la música y el ritmo se interpretan de forma distinta por las múltiples narrativas que las personas tienen para entenderse a sí mismas. Se trata de un género musical que tiene por temas el sexo, las drogas, la pobreza, entre otros, y que principalmente contenía letras que cosifican la mujer.

Se inicia por exponer que la cumbia villera, en sus letras, presenta una actitud negativa y temerosa de la mirada masculina hacia la mujer sexualmente activa que amenaza su imperio masculino. Además, se establece que, aunque representa una mirada masculina, las mujeres negocian las narrativas femeninas presentes en las letras y siguen haciendo parte de la fiesta sin identificarse con estos discursos, lo que les da el poder de negociar estos significados.

También, hay algo importante a resaltar de este trabajo: la reflexión de los autores habla acerca de los valores con los que quienes investigamos interpretamos los ajenos, pues, las relaciones de dominación simbólica que construyen y mediante la cual interactúan los géneros no son iguales en el contexto de alteridades subordinadas, como en este caso, mujeres y hombres de sectores populares. Pues al investigar desde los valores propios se estaría contribuyendo al mantenimiento de la desigualdad entre grupos.

2 Justificación

La música y las prácticas que surgen a su alrededor no son únicamente experiencias individuales y subjetivas, sino que expresan los valores y significados sociales que constantemente buscan entender y moldear nuestra realidad. Por esto, es importante prestar atención a los discursos y opciones de ser que estos brindan a través de la música, ya que la juventud se plantea como una etapa importante en la construcción identitaria, donde, la música es un bien cultural altamente consumido.

De esta forma, se buscó contribuir en el conocimiento sobre las experiencias y vida de mujeres jóvenes que son atravesadas por diversas categorías sociales, ya que sus testimonios pueden brindar un panorama para comprender sus formas de concebir el mundo, de concebirse a ellas mismas y su vida social desde la música que escuchan y las interacciones en colectividad, donde las asimetrías de género y de clase configuran formas de vida diversas sobre las que es necesario indagar constantemente, al igual que en esferas aparentemente prescindibles (como la música) pero que tienen una carga simbólica relevante que día a día construye el mundo social.

Las experiencias y las prácticas asociadas a la música y a los espacios de ocio juveniles permiten a las jóvenes narrar quiénes son y cómo se relacionan con los demás, por lo que la relevancia de este estudio radica, no solo en entender algunas formas de construcción identitaria, sino en abrir paso a acciones que promuevan la equidad pretendiendo visibilizar de qué manera factores como el género, el espacio que se habita y la clase social pueden dar forma a las experiencias e identidades de mujeres jóvenes en un contexto local, donde su interacción con el entorno y con los otros está mediada por diversos discursos y creencias. Así pues, se pretende explorar sobre realidades, imaginarios y vivencias mostrando la necesidad de abordar estos temas desde un enfoque holístico que permita ampliar la perspectiva y fomente reflexiones profundas.

3 Objetivos

3.1 Objetivo general

Analizar la relación entre juventud, género y espacio en la construcción identitaria de mujeres jóvenes mediante sus experiencias musicales y prácticas de ocio.

3.2 Objetivos específicos

- Describir cómo se ha comprendido el concepto de juventud y algunas intersecciones necesarias para su construcción.
- Comparar las preferencias musicales de mujeres jóvenes en contextos individuales y colectivos, así como sus opiniones respecto a la representación de la mujer en las letras de las canciones que escuchan.
- Identificar distinciones sociales mediante los espacios de ocio que frecuentan las mujeres jóvenes, las actividades que realizan y su percepción sobre algunas zonas de Medellín y el Área Metropolitana del Valle de Aburrá (AMVA).

4 Marco teórico

4.1 Juventud, ¿sobre quiénes habla este concepto?

En muchas ocasiones la juventud es entendida como una etapa de la vida que cuenta con un rango determinado de edad y con características específicas que cumplen todas las personas a quienes se les asigna esta categoría; sin embargo, debe hacerse una que otra acotación cuando de ella se trata. Aunque consista en una sola categoría social, debe estudiarse en su intersección con muchas otras, permitiendo un análisis más profundo y específico del tema. Así, cabe aclarar que las identidades de las personas jóvenes también están permeadas por experiencias (como el género y la clase) que permiten muchas posibilidades de experimentar el mundo, lo que exige tener presente diversos puntos de vista.

De esta forma, se iniciará hablando de los albores del concepto, y los cambios que se han dado en las teorías que lo han abordado. En la introducción de *Teorías sobre la juventud: las miradas de los clásicos* (2008), José Antonio Pérez Islas, habla sobre las primeras teorías que se interesaron por la juventud, iniciando por el logro de Rousseau al plantear una diferenciación entre adolescentes y adultos, con influencia desde un enfoque pedagógico, psicológico y social que definirán los fundamentos de la educación en el siglo XVIII delimitando la adolescencia a ciertas edades y construyendo una visión de juventud más presente en la escuela (Pérez, 2008).

En 1905, desde el enfoque psicológico, Stanley Hall simplificó la crisis del periodo joven relacionándola con el instinto biológico que necesitaba cierta guianza y control para poder llegar a la adultez; estableciendo así la adolescencia como una fase común en el desarrollo psíquico de todas las personas, dejando las influencias del entorno social en un plano secundario. Desde el enfoque social, este grupo se trata como parte de la población influida por los espacios y factores sociales que les rodean, siendo sujetos históricos y continuamente cambiantes respecto a las instituciones y a la sociedad en general (Pérez, 2008).

Pérez (2008) también menciona que, desde la antropología, investigadoras como Margaret Mead y Ruth Benedict, realizaron trabajos comparativos en los que describen aspectos de la vida adolescente en sociedades diferentes a la occidental, dando cuenta de que lo considerado “natural” muchas veces está influenciado por aspectos culturales, y que no pueden tomarse como generales ciertos procesos sin considerar el marco cultural en el que está inmerso determinado grupo.

Además, estas autoras también dan cuenta de la importancia de tener presentes los cambios culturales y generacionales, donde una generación puede aprender de la otra: donde no solo los jóvenes aprenden de los adultos, sino que se plantea la posibilidad de pensar sociedades en las que los jóvenes no sean meros sujetos pasivos, sino que también tengan agencia en la constitución de la sociedad que los acoge, pues, de ellos, los adultos también pueden aprender.

Continuando con este recorrido es importante mencionar a la escuela de Chicago como una corriente que se preocupó por analizar la rápida expansión del centro de Chicago y las consecuencias que esta conllevó, ocupándose de indagar sobre las normas y dinámicas que supone la vida urbana respecto al contexto social que la influye, y analizando la vida social desde una disposición que se preocupa por las problemáticas de la sociedad industrial que se encontraba en desarrollo, como la pobreza, la prostitución, la enfermedad, el desempleo, entre otros. Autores de esta escuela, como Thrasher y William Foote Whyte, realizaron grandes aportes gracias a sus investigaciones sobre las normas y configuraciones de pequeños grupos y pandillas (en los jóvenes de ciudad), y sobre las diferenciaciones que pueden realizarse de estos sujetos debido a las condiciones sociales a las que están expuestos (los chicos de las esquinas y los chicos de colegio de Whyte) (Pérez, 2008).

Igualmente, es necesaria una mención a la escuela de Birmingham, que consistió en los estudios realizados en el Centre for Contemporary Cultural Studies (CCCs), y que estudió los asuntos culturales desde una relectura de los postulados gramscianos, principalmente desde el concepto de hegemonía “para explicar las subculturas juveniles, los medios de comunicación, la raza y el género” (Pérez, 2008, p. 26).

También, Pérez (2008), habla de varias corrientes que continúan dándole forma al concepto abordando el tema desde la socialización y la relación entre generaciones, la separación de los adultos en pequeños grupos y la clase social como elemento importante en la vida juvenil, es decir, haciendo relaciones con otros aspectos en esta etapa de la vida (la interacción entre generaciones y la clase social). También Mario Margulis y Marcelo Urresti, en *La construcción social de la condición de juventud* (1998), exponen que no hay una sola juventud sino una multiplicidad de ellas, considerando la diferenciación social, la clase, el género, el barrio, la familia y otras instituciones, considerando que, aunque sea una categoría etaria, no hay una única forma de vivirla.

Un concepto fundamental que Margulis y Urresti (1998) traen a colación se trata de la moratoria social. Cuando se comenzó a diferenciar al joven del adulto y del niño, la juventud se

consideró como una etapa con ciertos privilegios, pues, a pesar de encontrarse en edades de trabajo o de la adquisición de responsabilidades adultas, los jóvenes contaban con un tiempo “extra” antes de entrar a la adultez, al permitírseles la postergación de dichas responsabilidades; sin embargo, este tiempo extra para algunos jóvenes no conllevó diversión y la posibilidad de realizar otras actividades antes de atender las responsabilidades de la vida adulta, no consistió en un tiempo libre, ni de disfrute, ni de comodidad:

Esta “moratoria” es un privilegio para ciertos jóvenes, aquellos que pertenecen a sectores sociales relativamente acomodados, que pueden dedicar un período de tiempo al estudio - cada vez más prolongado- postergando exigencias vinculadas con un ingreso pleno a la madurez social: formar un hogar, trabajar, tener hijos. Desde esta perspectiva, la condición social de “juventud” no se ofrece de igual manera a todos los integrantes de la categoría estadística “joven” (Margulis & Urresti, 1998, p. 4).

De esta manera, pareciera que la condición de juventud fuera algo exclusivo de las clases media y alta, pues, para las clases más bajas también hay un tiempo extra, pero que no es igual. Este tiempo libre se vive con preocupación, pues, surge gracias a la dificultad para conseguir un trabajo o de acceder a una educación superior, “no es tiempo legítimo para el goce y la ligereza, es tiempo de culpa y de congoja, es tiempo de impotencia, una circunstancia desdichada que empuja hacia la marginalidad, la delincuencia o la desesperación.” (Margulis & Urresti, 1998, p. 6).

Sin embargo, esta no es la única manera de determinar si se es joven o no, ya que también puede asignarse esta categoría dependiendo de la posición ocupada dentro de alguna institución, como en la familia, donde se establece lo joven mediante las relaciones con otras generaciones: el ser hijo (joven) y no padre, tío o abuelo, implica ciertas relaciones con otras generaciones, conductas, deberes y derechos. Por esto la condición social de juventud no es exclusiva de las clases más acomodadas, aunque en las populares es más complicado portar los signos de juventud, de la juventud hegemónica, es decir, el tiempo libre para divertirse, el consumo, la corporalidad: el ser bello/bella, la vestimenta; entre otros (Margulis & Urresti, 1998).

De esta forma, es importante tener presente la interacción con los medios, y lo que esto supone en los imaginarios colectivos. Hasta el día de hoy, los medios juegan cada vez más un papel fundamental respecto a los valores, gustos, consumos, entre otros, que se comparten como cultura,

pues, en muchas ocasiones, determinan, de forma muy sutil, qué está bien visto y qué no, (discursos, comportamientos, estéticas):

La publicidad es uno de los canales privilegiados para la difusión de mensajes que tienen como materia prima, como lenguaje básico, los signos con los que se identifica a la juventud. La publicidad se ha vuelto parte del medioambiente cultural en el que estamos inmersos, una presencia constante que va colonizando, a través de la acción de los medios audiovisuales, los espacios públicos y privados. La publicidad es uno de los medios más eficaces entre los que operan en la circulación de discursos y en la producción social de sentidos: vehículo de mensajes icónicos y verbales que actúan insistentemente sobre el conjunto de la sociedad. Es usual notar la presencia reiterada de cierto modelo de joven, construido según la retórica de la mercancía, fácilmente identificable con un patrón estético de clase dominante y ligado con los significantes del consumo (Margulis & Urresti, 1998, pp.16-17).

Es evidente que los medios funcionan como un vehículo para la propagación de ciertas imágenes y mensajes que establecen lo que es ser joven, lo que Margulis y Urresti (1998) llaman “un joven mito”. Es el joven de la publicidad, que no experimenta tristezas ni angustias, que vive la juventud, pero sin las dificultades que esta puede sobrellevar, que viaja, que se divierte, que siempre sonrío, que es natural y fresco. Además, dichas imágenes cambian y se modifican dependiendo de la época y los lugares en los que se encuentren las personas; la sociedad nunca es fija, es cambiante, las imágenes y discursos se van modificando, al igual que las identidades que conversan con ellos, que los interpelan, los cuestionan y los aceptan.

4.2 De la homología a la narrativa: recorrido por algunas formas de entender la identidad y la música

En muchos estudios sobre juventud y música se toca el tema de la identidad, se habla de una relación entre la construcción identitaria y la música, donde una influye en la otra. En los grupos de jóvenes que se juntan para hacer y escuchar música a través de un gusto estético, está presente el sentido de unidad, las prácticas de exclusión y las experiencias compartidas de un

género musical; pero hoy los gustos musicales son cada vez más variados, eclécticos y amplios. Un concepto que es utilizado para analizar este fenómeno es el de omnivoridad cultural, acuñado por Richard Peterson en los años 90, y trabajado por autores como Antonio Ariño (2007). Que en palabras de este último:

La capacidad nueva de los actores para mezclar formas distintas de preferencias en un único menú (música clásica y ópera, de un lado, y rock o folk, de otro; asistencia al teatro y al karaoke; práctica de la lectura de novelas y del deporte; etc.) es lo que ha sido definido como omnivoridad (p.133).

Por esta diversidad en los gustos, hay argumentos que quizá ya no son óptimos para analizar la música y la identidad, como el de la homología estructural, por ejemplo. Al hablar de la homología, Vila (1996) menciona que una de las respuestas que utilizó en sus primeros trabajos respecto a la relación entre música e identidad, provino de la escuela subculturalista inglesa, según la cual los “(...) estilos musicales específicos se conectarían, de manera necesaria, con actores sociales también específicos, y lo harían a través de una suerte de ‘resonancia estructural’ entre posición social por un lado y expresión musical por el otro” (p.21), es decir, que las condiciones sociales de los sujetos y la música que hacían o escuchaban se correspondían.

Este enfoque termina siendo reduccionista al no poder explicar los cambios de gustos musicales de personas que no han cambiado su posición social, o hablar de personas de alguna clase social que adoptan gustos a la vez, que no son homólogos a su situación social (Vila, 1996). Termina siendo un enfoque limitante que no permite pensar en otras posibilidades de experiencia a través de la música, y no reconoce el cambio, la constante construcción y deconstrucción que conlleva la identidad.

También Simon Frith habla de la relación entre música e identidad como una interacción donde hay un proceso constante de construcción de sí mismo, pues, no toma la obra musical como algo que refleja a la gente, sino como algo que la crea y que forma una experiencia, es decir, que la música no solo expresa o muestra una identidad, sino que contribuye a su formación. De esta manera, la identidad no se trata de una cosa, sino de un proceso, un devenir; y afirma que la mejor manera de comprender la experiencia musical “es verla como una experiencia del yo en construcción” (2003, p. 184).

Además, para este autor, la experiencia de la identidad también implica un proceso o expresión estética y ética. Pues, al determinar que lo que tocamos o lo que escuchamos suena bien, “expresamos nuestra idea de la virtud, y nos sobornamos, nos absorbemos en un acto de participación” (Frith, 2003, p.186). Es decir, que esa música, como práctica estética (en el proceso de su experiencia) permite configurar una comprensión de las interacciones grupales y de la individualidad, pues mediante esto se pueden entender los valores y códigos sociales:

Lo que quiero sugerir, en otras palabras, no es que los grupos sociales coinciden en valores que luego se expresan en sus actividades culturales (el supuesto de los modelos de homología), sino que sólo consiguen reconocerse a sí mismos como grupos (como una organización particular de intereses individuales y sociales, de mismidad y diferencia) por medio de la actividad cultural, por medio del juicio estético. Hacer música no es una forma de expresar ideas; es una forma de vivirlas (Frith, 2003, p. 187).

Igualmente, tiene un planteamiento importante frente a las artes y lo que las vincula a la identidad. Para el momento en el que el autor escribió el capítulo, las artes se insertaban en dos categorías diferentes, por un lado, estaban las bellas artes (literatura, pintura y escultura) y las artes interpretativas (el teatro, la danza y la música), las primeras se organizaban en función del uso del espacio, mientras que las segundas lo hacían en función del uso del tiempo, además eran consideradas inferiores a las primeras (Frith, 2003).

Sin embargo, esta distinción realmente está un poco desdibujada, pues, las consideradas bellas artes no están totalmente desligadas de un uso del tiempo, por ejemplo, la literatura se entiende como historias, como procesos que tienen inicio y fin. Además, el proceso que transcurre en las artes genera placer estético, consiste pues, en ese transcurrir y la emoción que se genera en el momento. Por lo tanto, la narrativa es el concepto vinculante, “el placer musical también es un placer narrativo” (Frith, 2003, p. 197-198).

Por esto, plantea que, si la narrativa es tan central en el placer estético, forma parte importante de la identidad. Menciona que esta última consiste en algo que nos probamos o nos ponemos, y no en algo que revelamos, es decir, que la identidad no está compuesta por una esencia interna que se expresa, sino por roles (discursos y narraciones que cada uno crea sobre sí mismo) que se adoptan y actúan. Así pues, es una creencia constante en la coherencia personal, que todo el

tiempo está cambiando (Frith, 2003). Sin embargo, esto no quiere decir que todo lo que escuchamos lo tomamos como parte de nuestra identidad, sino que la música nos brinda la posibilidad de experimentar una identidad idealizada:

En primer lugar, que una identidad ya es siempre un ideal, lo que nos gustaría ser, no lo que somos. Y al complacerme con la música negra, gay o femenina no me identifico entonces como negro, gay o mujer (en realidad, no experimento esos sonidos como «música negra», «música gay» o «voces femeninas») sino que, por el contrario, participo en formas imaginadas de democracia y deseo. Lo estético, como ha sostenido Colin Campbell, describe en estos días una cualidad de la experiencia más que un estado del ser, y la experiencia estética popular es un efecto del «hedonismo moderno autónomo e imaginativo» (Frith, 2003, p. 209).

Al siempre ser un ideal sobre lo que queremos ser idealiza nuestro mundo social, sin embargo, se concreta en actividades musicales, dando una experiencia real de lo que podría ser un ideal (Frith, 2003, p.210). Es decir, que, mediante su agencia en las emociones, en los movimientos y en las interacciones sociales, se puede palpar una identidad, generar un sentido de pertenencia o algo que vaya más allá de la imaginación.

Según Frith (2003), lo que se hace popular en la música se basa en un deseo idealizado o una concepción ideal de la identidad, pero uno que es “vivido” como “real” a través de prácticas e interacciones sociales. Si bien, los gustos musicales individuales pueden ser variados, los grupales pueden favorecer ciertos géneros musicales más que otros. Las elecciones musicales y lo popular en la música son el resultado de criterios estéticos compartidos, como una idea generalizada de lo que se acepta como lo “bueno” o “deseable” en términos de gusto (lo “bueno” es lo que se escucha):

(...) El sociólogo de la música popular contemporánea se enfrenta a una masa de canciones, discos, estrellas y estilos que existen debido a una serie de decisiones, tomadas tanto por productores como por consumidores, sobre lo que es «bueno». Los músicos escriben melodías, tocan solos y programan computadoras; los productores hacen selecciones de diferentes mezclas; las compañías discográficas y los programadores de radio y televisión deciden qué se lanzará y tocará; los consumidores compran un disco y no otro, y concentran

su atención en determinados géneros. El resultado de todas estas decisiones aparentemente individuales es sin duda un patrón de éxito, gusto y estilo que puede explicarse desde un punto de vista sociológico, pero también es un patrón con raíces en el juicio individual. (Frith, 2003, p. 203).

Así pues, para comprender por qué las personas sentimos más afinidad por unas canciones que por otras, Pablo Vila (1996) habla de las identidades narrativas para analizar este fenómeno sin recurrir a los modelos de homología. Para este autor, una interpelación se comprende como un proceso por el cuál la persona se siente llamada, de alguna manera, a asumir una identidad en respuesta a influencias sociales, valores y prácticas. Por ejemplo, canciones que hablen sobre protesta pueden llegar a interpelar a otras personas a identificarse con la rebeldía o con un sentir de inconformismo y lucha, interpelación que se puede aceptar o rechazar luego de darse cierta negociación respecto al sentido para establecer si se corresponde o no con la identidad (Vila, 1996).

Para su planteamiento trae a colación la discusión sobre lenguaje y realidad. Si bien, la realidad y la experiencia la expresamos mediante el lenguaje, este también la construye; y si la experiencia se constituye de manera discursiva, existen diversos discursos que luchan por ocupar y definir dicha experiencia. Sin embargo, en esta lucha por asumirse como “verdad”, se deben desacreditar otros discursos. Por esto, el autor entiende la identidad como una continua lucha discursiva que tiene como campo de batalla a cada persona y a cada subjetividad, y que se define mediante las relaciones sociales de determinado lugar y determinada época (Vila, 1996).

De esta forma, las personas hallan discursos con los que pueden construir una identidad “coherente”; sin embargo, no todas las expresiones tienen el mismo poder en la lucha por el sentido, pues los discursos hegemónicos también interpelan proponiendo formas de identificación que les son beneficiosas para los intereses propios del grupo que piensa establecer dicha hegemonía influyendo cómo las personas se ven a sí mismas y a los demás, para así mantener el control social. Luego de cierta lucha y negociación, las personas aceptan, rechazan o subvierten las posiciones que propone el grupo hegemónico (Vila, 1996).

En otro orden de ideas, es en este punto donde las categorías y los sistemas clasificatorios también entran en la discusión. Siempre usamos categorías para comprender el mundo, que suelen ser arbitrarias y se erigen como “sentido común” gracias a la hegemonía. Las categorías vienen

cargadas de “información” sobre los otros, por lo tanto, no se llega a conocer al otro, sino que se interactúa a través de las descripciones que de él se hacen (Vila, 1996).

No obstante, tanto las categorías como los discursos constantemente cambian, y en ocasiones estos cambios resultan de los esfuerzos de algunos grupos que advierten la no correspondencia entre su identidad narrativa y el cómo los describe la hegemonía, por cambiar su imagen. Aquí se inician procesos de vivir y de contar entre interpelaciones y el sentido que tienen y dan en la trama argumental, la historia de vida (Vila, 1996).

Y es mediante ese proceso, en el que se le confiere sentido a la vida. La trama argumental permite ordenar los acontecimientos en una historia o un relato con sentido, por lo que el éxito de ciertas interpelaciones se debe a la correspondencia que la persona considera que tiene el acontecimiento específico con lo que ella cree ser, pues este ordenamiento también es una forma de comprender la propia vida, mediante las categorías y los discursos se intenta definir las experiencias e incorporarlas a cada historia de vida (Vila, 1996).

4.3 Cuerpo y prácticas musicales: concepto ser-en-el-mundo y carne

Por otro lado, cuando se vive una experiencia musical no siempre debe haber una identificación desde el lenguaje o la parte discursiva de las canciones para formar parte de un espacio o práctica musical, ya que también es un fenómeno corporal en el que se experimenta el mundo a través de los sentidos. Por esto, es importante reconocer los aspectos corporales de los que no siempre se es consciente cuando se viven estas experiencias, como la escucha o el baile. Para esto fue útil el concepto de ser-en-el-mundo de Merleau Ponty a través del análisis de Silvia Citro (2006), que busca cuestionar el dualismo cartesiano y poner atención en la relación con el mundo mediante los sentidos. La autora habla de una ruptura respecto a la teoría de Descartes sobre el cuerpo y la mente, ya que Merleau Ponty establece una inseparable relación entre ambos, proporcionando una perspectiva integrativa y destacando la importancia de la experiencia corporal.

Para el dualismo cartesiano, el testimonio de los sentidos puede ser engañoso, y es menospreciado ya que estos tienen límites. Se pensaba en la insuficiencia de los sentidos al no ser posible conocer todo únicamente por medio de ellos: para conocer sobre el universo o sobre los microorganismos necesitamos artefactos que expandan nuestra percepción como un telescopio o un microscopio, inventos que promovieron esta creencia en su época (Le Breton, 1995, como se

citó en Citro, 2006), la cual contribuyó a una separación entre el mundo de la vida (el mundo tal y como se nos presenta) y el mundo al que solo tenemos acceso mediante la inteligencia y la meditación. Es teniendo en cuenta el primero como Merleau Ponty desarrolla su análisis (Citro, 2006).

Así pues, el cuerpo era considerado como un obstáculo para conocer el mundo, la razón debía luchar contra él y era considerado como lo otro diferente al ser real, el ser de la razón. Por esto, una de las imágenes recurrentes en este paradigma era el cuerpo como una máquina, una imagen influenciada por el canon positivista de la época que sugería al cuerpo como un elemento con fines productivos para el sistema capitalista, que no era algo en sí mismo, sino algo que se poseía. (Citro, 2006). Es interesante mencionarlo, porque todavía se mantiene la idea de que todo el tiempo se debe pensar y producir a niveles excesivos a favor de una sociedad que cada vez más valora en términos de consumo y producción sin dar un respiro al pensamiento, agudizando así problemas que afectan la salud mental como el estrés o la ansiedad y las relaciones interpersonales.

Continuando con la discusión sobre el cuerpo, Merleau-Ponty propone una alternativa a la concepción tradicional del sujeto a través del concepto de "ser-en-el-mundo". En este sentido, es esencial tener en cuenta que el autor concibe el mundo como una realidad que se nos revela a través de nuestros sentidos, como el mundo vivido previo a todo pensar: "(...) el mundo está ahí previamente a cualquier análisis que yo pueda hacer del mismo." (Merleau-Ponty, 1993, como se citó en Citro, 2006, p. 9). Esto plantea un sujeto inseparable del mundo, en el cual hay conciencia porque hay sujeto y porque hay mundo en una constate relación, soy consciente de mí mismo porque hay mundo y soy consciente del mundo porque existo, mundo y sujeto solo se construyen como tales por medio de su relación (Citro, 2006).

Así pues, Citro (2006), también menciona que estos planteamientos permiten introducir la noción del otro, de forma que la percepción del mundo ya no se construye únicamente a través de la razón, sino intersubjetivamente, con el mundo y quienes lo habitan. Por lo que otro concepto que contribuye en la comprensión del planteamiento de Merleau Ponty es el de la "carne", la cual expone como el elemento que nos permite interactuar con el mundo. Con esto, plantea que el cuerpo es sujeto y objeto a la vez, un sensible sintiente, que percibe y es percibido, que ve y es visto, por lo que plantea que, al ser uno de los elementos del mundo, está conectado con el tejido del mundo. Así pues, el cuerpo se trata de una entidad que percibe y que participa activamente en la realidad circundante.

Si bien, esta experiencia de la “carne” se construye socialmente de forma diferente dependiendo de cada realidad y cultura (tenemos distintas formas de habitar y de movernos en el mundo), la dimensión pre objetiva o pre reflexiva de percibir el mundo se trata de una condición inherente a la existencia humana (Citro. 2006). Es esta dimensión la que nos interesa respecto a la discusión presente. En las experiencias y prácticas musicales y sociales, la narrativa es importante, pero también es necesario reivindicar el cuerpo como elemento indispensable en el conocimiento del entorno y de los otros. Por esto, las mujeres jóvenes que participan en actividades de ocio no solo reflexionan sobre las letras de las canciones, sino que su experiencia también se compone de la escucha de los ritmos y melodías, y también de los movimientos y acciones que sus cuerpos realizan.

4.4 Performatividad y discurso en los procesos de construcción identitaria del género

Como se dijo, la experiencia se construye de forma diferente dependiendo de cada cultura y de cada realidad, al igual que la identidad. En ambas construcciones intervienen factores como la clase, el género, la raza, la religión, entre otras categorías, intersecciones que demuestran la complejidad de las diversas realidades culturales. Así, una de las construcciones identitarias que se deben tratar en este apartado consiste en la identidad de género, ya que está relacionada con las representaciones que las mujeres aceptan, negocian o rechazan en lo que escuchan, así como la forma de interactuar con su entorno y con los demás.

Para esto, es necesario emplear los planteamientos de Judith Butler (2007) respecto a la construcción del género, que como las identidades musicales que describe Pablo Vila (1996) (que se dan entre vivir y contar), se forman discursivamente y mediante otras relaciones dialécticas: entre el contar y el construir, el construir y el repetir. Sus planteamientos alimentan la conversación para comprender cómo se construye la identidad de género y reflexionar sobre cómo la música que consumen las chicas de la ciudad interviene en estos procesos, mediante la reproducción, la perpetuación y la subversión de determinados discursos.

Así pues, la autora realiza un cuestionamiento al sujeto del feminismo tradicional. Inicia por mencionar la cuestión entre política y representación, donde la representación funciona como elemento político de visibilización de las mujeres como sujetos, pero la representación también tiene un lenguaje que puede mostrar o distorsionar lo que considera que es una mujer. Esto último

sirvió a la teoría feminista, pues una imagen apropiada y completa de la mujer fue indispensable para poder darle una representación política (Butler, 2007).

No obstante, esta concepción que se daba desde la teoría feminista también ha sido replanteada desde el mismo feminismo. La autora cuestiona que el sujeto (como individuo consciente y autónomo) del feminismo sea la mujer, ya que no se tiene claro lo que esta categoría representa, ni se tienen en cuenta las múltiples construcciones identitarias que se dan en los diversos contextos históricos, donde hay una intersección entre el género y otras identidades (racial, de clase, sexual, étnica, entre otras). No solo se es “mujer”, se es simultáneamente otras cosas, por lo que no es posible escindir el género de los entrecruzamientos en los que se forma y se mantiene, no es posible que se trate de un sujeto estable (Butler, 2007).

Esto lo menciona porque en esta relación entre política y representación se debe construir un “sujeto” al cual se va a representar, visibilizar y legitimar, pero, para esto se necesita excluir y prohibir, lo que demuestra que el poder tiene una doble función: jurídica y productiva. No solo representa, sino que construye eso que dicen representar, tratándose de una formación discursiva (que legitima y excluye). Por lo tanto: “(...) las mismas estructuras de poder mediante las cuales se pretende la emancipación crean y limitan la categoría de «las mujeres», sujeto del feminismo.” (Butler, 2007, p. 48).

Se trata de un proceso discursivo y performativo, por lo tanto, crea estas categorías políticas y las establece. Un sujeto no existe antes de la formación discursiva, en su lugar, se crea en el momento en que las personas se adhieren a los requerimientos impuestos por las estructuras para ser clasificadas en una categoría. Al adherirse, reproducen estas características y consolidan al sujeto resultante. Sin embargo, los mismos requerimientos forman la categoría universal de “mujer” que, a su vez, excluye e invisibiliza otras experiencias femeninas.

Al ser el género una construcción discursiva, la performatividad² también es un elemento inherente en su formación porque mediante esta se va construyendo la identidad de género que se cree ser. El género es siempre un hacer, ya que es mediante la repetición de las acciones que concuerdan con el género que creo ser, que soy: “no existe una identidad de género detrás de las

² Para explicar la performatividad, Butler (2007) expone que se inspira en la interpretación de Jacques Derrida del texto “Ante la ley” de Kafka, que habla de cómo la expectativa o la anticipación de una autoridad (o de una identidad en el caso del género) influye en su construcción. Además, plantea que la performatividad no solo es algo que se actúa, sino que consiste en una repetición constante de comportamientos, discursos y normas sociales que terminan creando una ilusión de naturalidad en el contexto del cuerpo, es decir, que crea la ilusión de una identidad de género fija y natural.

expresiones de género; esa identidad se construye performativamente por las mismas «expresiones» que, al parecer, son resultado de ésta” (Butler, 2007, p. 85).

La autora también habla del binarismo (hombre/mujer) como algo naturalizado mediante lo cual se mantiene y se reproduce el discurso del poder, por lo que cualquier desajuste con este es considerado algo imposible culturalmente. No obstante, lo que hace posible este binomio es el deseo heterosexual institucionalizado, que permite la construcción del género en una relación de oposición frente al otro que se desea, por lo que la coherencia de cualquier género (hombre o mujer) necesita de una heterosexualidad estable y de oposición, en términos de que soy el género que soy porque no soy otro, y ese otro es el que deseo (Butler, 2007).

Para mostrar la imposibilidad de pensar otras formas de sexo/género/ deseo desde el poder, Butler, (2007), trae a colación el caso que analiza Foucault de una persona intersexual (Herculine Barbin), ya que al tener tanto partes anatómica femeninas como masculinas genera un conflicto discursivo, y no por esta distribución de partes en su cuerpo, sino porque las convenciones lingüísticas que determinan los géneros encuentran allí su límite, pues en esta persona hay una convergencia (y no una oposición), desestabilizando las normas que rigen la matriz sexo/género/ deseo. El caso de Herculine expone los géneros, las sexualidades y deseos que quedan por fuera del binarismo, dando cuenta de que no se trata de algo natural sino de una construcción discursiva que se origina por el cuerpo pero que es causada por el lenguaje.

Así pues, Butler (2007) define el género como: “(...) la estilización repetida del cuerpo, una sucesión de acciones repetidas --dentro de un marco regulador muy estricto--. que se inmoviliza con el tiempo para crear la apariencia de sustancia, de una especie natural de ser.” (p. 98). Con esto da cuenta de que, como afirmaba Simone de Beauvoir, no se nace mujer, sino que se llega a serlo, mediante una construcción que puede no tener ni principio ni final (al ser una construcción que se realiza a lo largo de la vida), y que al ser un ejercicio discursivo puede estar abierto al cambio (Butler, 2007).

Traigo a colación esta teoría para dar cuenta del poder del lenguaje al formar nuestra realidad, aunque no lo es todo, es una herramienta fundamental para comprendernos a nosotros mismos y a los demás. Por esto, los discursos que se expresan en las canciones que las mujeres cuestionan, resignifican y rechazan, se presentan como una opción de identidad de género que se da desde las estructuras de poder o desde la hegemonía, que también suele ser desde el deseo heterosexual que hace posible la construcción binaria del género.

Por lo que son interpelaciones que buscan reproducir y perpetuar estereotipos y roles de género tradicionales, donde se presenta a la mujer como algo subordinado y cosificado, lo que es posible mediante los actos performativos de estos discursos en la música que se expresan en la realidad y que también participan en la construcción de identidad femenina según las imposiciones patriarcales. Además, influye en la percepción social de determinado género.

Sin embargo, hay diversos artistas que actualmente buscan subvertir este orden, creando letras que introducen otras formas de amor, de sexualidad, de deseo y de género, dando cuenta también de una sociedad cambiante, más abierta y dispuesta a aceptar y a entender la diversidad. Así pues, se puede resistir a las normas de género preexistentes, ya que al ser un proceso discursivo y performativo es claro que estas representaciones no son fijas ni imperturbables.

4.5 Espacio, distinción y relacionamiento juvenil

Se habló de las identidades desde su conexión entre la música y el género, buscando cómo las mujeres pueden relacionarse con las canciones que consumen mediante sus letras, cuerpos y construcciones identitarias, por lo que ahora hay que analizar cómo interactúan con los espacios urbanos y quienes los habitan, para dar una perspectiva más amplia de las dinámicas de diferenciación en el territorio compartido, y donde también hay influencia musical. Si bien, se podría hablar de cómo se diferencian a partir de la música, se optó por hacerlo mediante los espacios que frecuentan, ya que al tratarse de gustos tan diversos puede ser complejo conectarlos con alguna clase social en especial, pues actualmente, el consumo musical cotidiano está al alcance de la mayoría; sin embargo, hay espacios físicos de consumo (juveniles y musicales) a los que accedemos y experimentamos de distintas formas.

Para esto, es necesario hablar de la clase social. Este concepto expresa la diferenciación a partir del poder adquisitivo y los estilos de vida, ya que el ingreso económico no es el único factor que compone una clase, como lo dice Bourdieu (1998):

La clase social no se define por una propiedad (aunque se trate de la más determinante como el volumen y la estructura del capital) ni por una suma de propiedades (propiedades de sexo, de edad, de origen social o étnico -proporción de blancos y negros, por ejemplo, de indígenas y emigrados, etc.-, de ingresos, de nivel de instrucción, etc.) ni mucho menos por

una cadena de propiedades ordenadas a partir de una propiedad fundamental (la posición en las relaciones de producción) en una relación de causa a efecto, de condicionante a condicionado, sino por la estructura de las relaciones entre todas las propiedades pertinentes, que confiere su propio valor a cada una de ellas y a los efectos que ejerce sobre las prácticas (p. 104).

El autor plantea que la clase social no puede definirse mediante una sola propiedad, aunque la económica sea fundamental, son las combinaciones e intersecciones que se pueden dar entre otras propiedades (económica, de género, de edad, de etnia, de origen social) lo que establece la posición de una persona. Estas combinaciones no deberían entenderse solo como un conjunto de categorías, sino como elementos que se interrelacionan. Por ejemplo, tanto las habilidades como los conocimientos, los contactos, el nivel educativo y los ingresos económicos interactúan para establecer una posición social.

Así pues, al compartirse relaciones similares entre las propiedades, se pueden generar grupos que coinciden en sus estilos de vida y preferencias. Estas preferencias se comparten y funcionan como una forma de diferenciarnos, es lo que Bourdieu (1998) llama gustos, ligados a ciertas condiciones de existencia, uniendo a quienes presentan condiciones similares y distinguiéndolos de los demás. Así pues:

(...) en materia de gustos, más que en cualquier otra materia, toda determinación es negación; y sin lugar a dudas, los gustos son, ante todo, disgustos, hechos horrorosos o que producen una intolerancia visceral ("es como para vomitar") para los otros gustos, los gustos de los otros. De gustos y colores no se discute: no porque todos los gustos estén en la naturaleza, sino porque cada gusto se siente fundado por naturaleza (Bourdieu, 1998, pp. 53-54).

Estos gustos determinan cómo se consumen los elementos culturales (la forma de apreciarlos e interpretarlos) y el cómo percibimos a los otros, a quienes tienen gustos diferentes, que pueden considerarse como disgustos. Esto también determina los lugares que visitamos en base a los gustos que tenemos y lo que pensamos de las personas que habitan dichos lugares. Por esto,

los planteamientos de Quiceno y Sanín (2009) sobre estereotipos y estigmas territoriales dados en Medellín, son necesarios para hablar del espacio y la distinción social en un contexto local.

Como Quiceno y Sanín (2009) mencionan, tendemos a visitar ciertos lugares y a distanciarnos de otros, debido a las ideas asociadas que tenemos a estos, además de las imágenes que tenemos sobre los “otros” que los habitan, como forma de marcar una cercanía o lejanía a pesar de vivir en un mismo territorio. Estas ideas asociadas pueden ser estereotipos que nos permiten juzgar y justificar el por qué los visitamos o los evitamos. En muchas ocasiones, esta y otras razones, como la distribución geográfica, influyen en que las personas con más altos y más bajos ingresos no compartan los mínimos espacios y no se crucen unas a otras (Blanco, 2021).

Así pues, como lo explica Quiceno y Sanín (2009), la forma de definir a los otros y a los espacios que habitan, se pueden ver en estas dinámicas de distanciamiento que se conciben como parte del sentido común. Los estereotipos definen la relación con el “otro” por medio de la diferenciación e implica un desconocimiento de este, reduciéndolo únicamente a una de sus características identitarias, como la clase o el lugar de procedencia (p. 119).

La formación de estas imágenes se da desde la lejanía, por lo que no se conoce del todo a las personas, sino que se trata de un intento por explicar el desconocimiento que se tiene sobre el otro basado en prejuicios; ya que no se trata de características reales del otro, sino sobre lo que aparenta. Este desconocimiento permite que surjan los estereotipos y que se conviertan en un imaginario generalizado (Quiceno & Sanín, 2009, p.119). Estereotipos que se extienden también a los espacios:

En este sentido, los individuos de determinada clase o barrio son identificados, entonces, desde un comportamiento predecible pues, por efectos de la incorporación del estereotipo “si vives en la periferia eres violento, o peor sicario y por lo tanto peligroso; si vives en El Poblado eres rico, levantado o narco...” (Quiceno & Sanín, 2009, p.120).

Las preferencias por determinados lugares implican el desagrado por otros, algo que permite diferenciarse. Los jóvenes pueden distinguirse por estas formas de habitar la ciudad y por los consumos que tienen en determinados espacios de ocio a los que van en sus tiempos libres, mediante el dinero que pueden o no gastar en estos espacios (su capacidad de consumo) o en las apariencias que tienen.

5 Metodología

Para el desarrollo del presente trabajo se empleó el enfoque cualitativo, en el que se utilizaron técnicas de la investigación etnográfica como la observación participante y la entrevista semiestructurada a mujeres entre los 18 y 28 años que vivieran en Medellín y su Área Metropolitana (Bello, Envigado, El Poblado e Itagüí). Se tuvo presente que la música como expresión social se vive de forma individual y colectiva, generando experiencias específicas y una correspondencia entre ambas esferas. Para responder a la pregunta de investigación fue necesario conocer las experiencias respecto al consumo musical en mujeres jóvenes tanto de forma individual como colectiva, y dar cuenta de gustos y prácticas asociadas a la construcción identitaria.

La idea inicial del trabajo era indagar por las experiencias y prácticas musicales en las mujeres jóvenes de clase alta, media y popular de Medellín y el AMVA, ya que en la revisión bibliográfica se encontraron pocos estudios sobre los jóvenes de clase alta en contraste con los abundantes trabajos sobre jóvenes populares o de clase media. Hubo dificultades para acceder a esta muestra poblacional, pues no se logró establecer el contacto necesario con las jóvenes de clase alta, así se optó por indagar sobre las percepciones de diversas mujeres sin importar su condición socioeconómica. Decisión que tuvo en cuenta la segregación espacial, problema que, a su vez, está relacionado con la identidad y la distinción de clase.

5.1 Criterios de selección

Los criterios de selección fueron: 1) mujeres que estuvieran entre los 18 y 28 años y 2) que habitaran en diversas zonas de Medellín y su Área Metropolitana (Bello, Envigado, El Poblado e Itagüí). Las jóvenes fueron contactadas por referencias personales, lo que facilitó la explicación de la temática y los objetivos del trabajo mediante chats de WhatsApp para concretar el lugar y la hora de la entrevista. El día de la entrevista se leyó conjuntamente el consentimiento informado para dar claridad de la intención del trabajo y mantener la confidencialidad de la información proporcionada en las conversaciones.

5.2 Categorías

En el siguiente cuadro se exponen las principales categorías que se utilizaron para diseñar la entrevista y para estructurar el trabajo, junto a las preguntas de las que surgieron:

Tabla 1

Preguntas y categorías

Preguntas	Categorías
¿Cómo se ha entendido el concepto de juventud? ¿Cómo se relaciona la música y el género con la identidad y la juventud?	Juventud, música
¿Qué escuchan las mujeres estando solas y qué escuchan en espacios compartidos? ¿Qué opiniones hay frente a la representación de la mujer en las letras de las canciones que consumen individual y colectivamente? ¿Qué relación hay entre la música, el género y la identidad?	Identidad, género
¿Qué lugares frecuentan y qué actividades realizan? ¿Qué piensan de los lugares que no visitan? ¿Qué relación hay entre el espacio y la distinción? ¿Qué relación hay con la música?	Distinción, espacio

Las categorías de juventud y de música se utilizaron para hablar de la relevancia que puede tener la música en una etapa importante en la construcción identitaria, la juventud. Con estas categorías se quiso encontrar los aspectos que caracterizan a la juventud desde enfoques clásicos hasta la actualidad y la conexión que este grupo forma con la música. Pues los jóvenes hacen uso de la música para identificarse y para manipular su estado de ánimo, para cambiarlo o para mantener el estado en el que están (Tipa, 2005), además reciben influencias de la colectividad para formar sus gustos y consumos.

Las categorías de identidad y de género fueron útiles para entender cómo las jóvenes perciben las narrativas de lo femenino presentes en las canciones que escuchan y cómo interactúan con estas rechazándolas, aceptándolas y negociándolas mediante discursos, prácticas y experiencias que les permiten participar en la colectividad y comprenderse a sí mismas. Al emplear estas categorías se tiene más claridad sobre el proceso de construcción identitaria del género respecto a su relación con el lenguaje y el performance, ya que en este proceso se representa y se crea la realidad simultáneamente a través del discurso y la reiteración.

Igualmente, las categorías de distinción y espacio fueron importantes para comprender los factores que intervienen en las decisiones de las jóvenes a la hora de visitar ciertas zonas de la ciudad en su tiempo de ocio. El aspecto económico y los estereotipos ligados a la clase influyen en la diferenciación y la identificación con los habitantes de ciertas zonas de la ciudad, hay lógicas que establecen una posición social donde las diferencias se vuelven criterios de distinción y también se expresan en el espacio (Quiceno & Sanín, 2009).

5.3 Fases del desarrollo en campo

Para la primera fase en la construcción de los datos de campo se quiso identificar las valoraciones y opiniones frente a la representación de la mujer en las letras de las canciones que las jóvenes escuchaban, donde se encontraron concepciones similares frente a los discursos hegemónicos sobre lo que es una mujer, presentes en la música y la sociedad. Igualmente se quiso indagar por los estereotipos territoriales que determinan las zonas que se frecuentan o que se evitan al participar en prácticas de ocio con amigos.

Para esta fase fue necesario responder preguntas como: ¿qué escuchan estando solas y qué escuchan en espacios compartidos?, ¿qué opiniones hay frente a la representación de la mujer en las letras de las canciones que consumen?, ¿cómo interactúan con estos discursos?, ¿qué piensan de algunas zonas de Medellín y su Área Metropolitana? Para responder dichas preguntas se realizaron 14 entrevistas semiestructuradas a mujeres de distintos lugares de Medellín y su Área Metropolitana (Bello, Envigado, El Poblado e Itagüí) que consistieron en conversaciones sobre lo que escuchaban y los espacios que frecuentaban.

En la segunda fase se buscaron dinámicas de interacción en los espacios compartidos para encontrar conductas, relaciones y valoraciones que permitieran hablar de patrones de distinción respecto a la clase social, los estereotipos y las prácticas juveniles. Así pues, se indagó por la estética, la corporalidad, los consumos, la distribución en el espacio y el comportamiento, para hablar de cómo es habitada la ciudad por las mujeres jóvenes en su tiempo libre. Las preguntas que surgieron en este punto fueron: ¿qué caracteriza a dichos espacios para frecuentarse?, ¿qué los diferencia de otros?, ¿qué tipos de interacciones y qué aspectos permiten dar cuenta de distinción dentro de los espacios?, ¿cómo son las estéticas y corporalidades?, y, ¿qué actividades se realizan?

Para esta fase se realizó observación participante (9 en total), 3 en discotecas y 6 en espacios públicos de Medellín y su Área Metropolitana para encontrar dinámicas y complementar la información generada en las entrevistas respecto a las prácticas y percepciones que las mujeres jóvenes tienen sobre la ciudad. Con esta técnica se pudo identificar cómo relacionan los espacios con las personas que los habitan, y cómo los estereotipos pueden determinar qué zonas se frecuentan y cuáles se evitan.

Por último, se realizó una tercera fase que consistió en el análisis de la información. Se quiso encontrar similitudes y diferencias que permitieran dar cuenta de cómo la clase y el género se relacionan con el consumo musical y las prácticas de ocio de las mujeres jóvenes de la ciudad, mediante la comparación de los datos en una matriz de categorización para obtener una mirada holística del fenómeno.

6 Resultados y discusiones

En este apartado se pretende articular las categorías anteriormente mencionadas³, mediante los resultados y las discusiones que se plantean. Por un lado, la juventud es una amplia categoría que permite clasificar un grupo etario que comparte características, pero que también presenta diferencias socioculturales. Por esto, las categorías de género, distinción y espacio permiten abordar de forma más específica ciertas experiencias que hacen parte de la juventud (por lo que es común llamarle juventudes, en plural, haciendo referencia las diversas realidades juveniles). La categoría de música se presenta como una característica compartida por este grupo etario, que con la ayuda de las demás categorías se evidencia su influencia en la construcción identitaria del grupo (mujeres jóvenes).

La música no se experimenta solo en un nivel individual o colectivo, sino en ambos, ya que es útil para relacionarnos con nosotros mismos, con nuestro entorno y con los demás; por esta razón, los jóvenes no tienden a escuchar un solo tipo de música y suelen tener preferencias por ciertos géneros que les permiten construir sus narrativas, identificarse con los otros y tener experiencias agradables. Además, lo que escuchan también puede estar influenciado por el contexto en el que cada uno se encuentra, dependiendo de factores como el espacio, las personas, las emociones, las prácticas y las actividades realizadas.

En el caso de las mujeres jóvenes, temas como la inseguridad de la ciudad, los estereotipos al respecto, las creencias de los padres y de ellas mismas sobre los lugares y quienes los habitan, las lleva a visitar ciertas zonas de la ciudad en sus tiempos libres y a diferenciarse de los demás en función del espacio. Igualmente, los diversos discursos que constantemente pugnan por definir y hacer parte de una identidad de género están presentes en muchas esferas de la vida sociocultural, y siendo la música una de ellas, también funciona como escenario para esa lucha por definir las experiencias. Así, habría que preguntarse ¿qué géneros musicales escuchan las mujeres que participaron en la investigación estando solas y estando con sus amigos?, para identificar géneros musicales comunes, con los que se podrían proponer reflexiones sobre la música y la construcción identitaria del género.

En las entrevistas realizadas, las mujeres mencionaron como sus géneros musicales preferidos o más escuchados el rock, el pop, la música tropical (salsa, bachata, cumbia, entre otros),

³ Juventud, música, identidad, género, distinción y espacio

y la urbana (reguetón, dancehall, R and B, entre otros); sin embargo, cuando se reúnen con sus amigos, el género musical más recurrente tiende a ser el urbano. Cabe aclarar que, el o los géneros más recurrentes también dependen de los espacios que frecuentan en su tiempo de ocio y disfrute compartido con amigos; es decir, si se trata de discotecas, lugares públicos o reuniones en sus casas, los géneros musicales más escuchados pueden variar, pero siempre se mantiene gustos compartidos por el grupo.

Si bien, la intención de este apartado no es indagar por un género musical en particular, sino en las relaciones que pueden encontrarse entre la música y la identidad de género, es necesario hablar del género urbano⁴ debido a que tiende a ser un género en común cuando se está en grupo y porque socialmente se ha considerado como machista al proponer una representación femenina específica que puede ser o no aceptada por algunas mujeres, y de la interacción que estas tienen con sus letras y ritmos desde una perspectiva, que, actualmente puede estar nutrida de alguna crítica feminista.

Así, muchas de las chicas entrevistadas consideran que las letras de estas canciones sexualizan a la mujer, de forma que, aunque muchas disfrutan escuchar este género hay otras que no lo consumen, o que lo escuchan únicamente cuando están en grupos. Por eso cabe preguntarse, ¿por qué a algunas mujeres no les gusta este tipo de música?, y a las que sí les gusta y la escuchan estando a solas, ¿qué piensan respecto a las letras y la representación femenina? Para responder a estos interrogantes, se quiere formular planteamientos mediante los datos de campo y el concepto de identidad narrativa como lo expone Pablo Vila (1996), como también mediante la filosofía de Merleau Ponty en el Análisis que realiza Silvia Citro (2006) de su idea de cuerpo.

De esta forma, se comienza revisando las concepciones que tienen las mujeres que no escuchan música del género urbano porque no les gusta, pero que disfruta las letras de otros géneros:

Carolina: cuando ponen ese trap grosero, yo no sé, uno se siente como todo denigrado, ¿no? Por ejemplo, J Balvin, cuando sacó la canción de Perra (...) Por ejemplo, cuando las letras hablan de estas mujeres (...) que están en medio de una tusa y que lo único que tienen para solucionarlo es ponerse bonitas e ir a tomar y a rumbear. Pues, me parece que es como una

⁴ Mucha música puede considerarse como música urbana, ya que son varios los géneros que se gestan y se reproducen en la ciudad; sin embargo, en este trabajo se hará referencia a los géneros: reguetón y trap.

forma en donde ellos expresan que les gusta como tener a las mujeres dominadas o que actúen de cierta forma, (...) que sólo vale la mujer que es así, que se maquilla, que es súper flaca, que se pone escotes, que perrea [que baila reguetón], que es bonita. Pues, no sé, yo me siento mal cuando la música es como tan machista, como (...) desde esa perspectiva de género tan sesgada, pues como la cosificación de la mujer. Y ya, en la música que yo escucho, (...) hablan más del amor y son como música romántica, como que normal (Carolina, comunicación personal, 12 de marzo, 2022).

En este fragmento, Carolina, que no consume estos géneros estando sola, expresa varios puntos interesantes que comparte con otras mujeres. Principalmente, hay una sensación de denigración frente a ciertas letras, en las que considera que muestran a la mujer de forma estereotípica: delgada, maquillada y que bailan reguetón, como también se menciona una intención de reforzar ideas respecto a tener a las mujeres dominadas y que cumplan las expectativas sociales actuando de formas específicas. Menciona la canción Perra de J Balvin junto a Tokischa, que salió en 2021 y que fue muy polémica debido al videoclip, en el cual se mostraba a mujeres simulando a los cánidos mientras el artista las sostenía del cuello por medio de cadenas, situación que fue considerada como misógina y racista por gran parte del público, lo que generó diversas críticas a los intérpretes.

Con esto puede notarse que los posicionamientos de algunas chicas reflejan una sensibilidad hacia la cosificación de la mujer, donde se prefiere una representación más respetuosa y equitativa en la música, demostrando que hay una consciencia crítica sobre las representaciones de género en los medios, como también preferencia por letras que no las sexualizan y cosifican (románticas⁵). Algunas de estas chicas, además de reflexionar sobre cómo se representa a las mujeres, también piensan sobre quiénes realizan esas representaciones, sobre a quién le corresponde mostrar lo que sería una mujer:

Ana AT: bueno, la representación de la mujer me parece muy conflictiva, yo trato de (...) mantenerme al margen porque, por ejemplo, con ese tema de Bad Bunny y esa canción de Yo perreo sola, vi que estuvo como muy polémica, que es pues, (...) como un referente, de

⁵ Esto se puede poner en tela de juicio, ya que las canciones con letras románticas también pueden ser machistas, aunque no traten temas sexuales.

que mucha gente decía "ay, sí, qué chévere, apropiación femenina", pero ¿por qué tiene que venir desde un hombre?, y ¿por qué hay que súper sexualizar a la mujer?, ¿o es que acaso la mujer es la que quiere ser sexualizada? O sea, para mí, es un tema muy complicado, (...) y no es un secreto para nadie que hay muchas canciones de rock clásico que son muy sexistas, pero también intento consumir mi música desde una posición de (...) no simplemente consumir por gusto, sino consumir de manera consciente. O sea, intento que mi música tenga significado, por eso me gusta tanto la música de System of a Down, porque digamos que (...) es música que se sitúa en un contexto específico y presenta una problemática específica (...) (Ana AT, comunicación personal, 14 de marzo, 2022).

Poniendo como ejemplo la canción de Bad Bunny, Yo perreo sola, la cual fue considerada, por algunas personas, como una forma de apoyo a la mujer de parte del artista, al hablar de la autonomía e independencia femenina y sacar esta figura de la idea estereotípica de sometimiento y sumisión. Ana AT, plantea un cuestionamiento respecto a una posible apropiación de la experiencia femenina al hablar sobre una experiencia que el artista no vive: vistiéndose, actuando y bailando como una mujer en el videoclip. Y, aunque esta reflexión no fue recurrente en las chicas, hay diversas críticas, tanto la insatisfacción con cómo las representan (sexualización y cosificación) como con quiénes realizan estas representaciones (representaciones patriarcales), en las letras y en el aspecto visual de las canciones.

Otra de las reflexiones que trae a colación este último fragmento, radica en el reconocimiento de que no sólo en el género urbano se encuentran letras sexistas, sino, como dice Ana AT, también las hay en el rock clásico y en todo tipo de géneros, por lo mismo queda claro que el problema no se trata del género musical, sino que radica en una sociedad patriarcal donde muchos de los ámbitos de la vida están bajo este sistema, después de todo la música es un reflejo de la realidad social. No obstante, ya que estos géneros, principalmente el reguetón, son muy explícitos y sus letras suelen referirse al sexo, pueden ser algo más polémicos que el resto de los géneros musicales.

Tanto Ana AT como Carolina, expresan preferir letras que hagan referencia al amor o a temas sociales y cotidianos, o temas "con significado", lo que se entiende como "tener significado" puede interpretarse como el valor que da, quien escucha, a lo que consume, algo que depende totalmente de los gustos musicales, por esto queda claro que gran parte de las letras de la música

urbana no tienen un valor para ellas porque no se sienten identificadas de ninguna manera con lo que estas expresan sobre las mujeres, mientras que sí sienten más afinidad por representaciones o por temas diferentes.

En el caso de los fragmentos expuestos, no hay correspondencia entre las letras propuestas por la hegemonía, por los discursos imperantes sobre la mujer expresados en diversos géneros musicales (en este caso, en algunos subgéneros de la música urbana), y la identidad que constantemente construyen las chicas. Sin embargo, ¿qué pasa con las mujeres que sí les gusta consumir este tipo de música?, ¿tienen algún inconveniente con las letras y las representaciones?

Otra parte de las chicas entrevistadas consumen constantemente este género de manera individual, a pesar de las letras que otras mujeres consideraron sexistas, por lo que surgen dudas sobre qué piensan de la representación de la mujer en estos casos. Para comenzar a analizar este aspecto, traigo a colación un fragmento de la entrevista realizada a Sara, una de las mujeres que frecuentan espacios de baile en el que se consume música urbana y tropical:

Laura: ¿y qué opinas de la representación de la mujer en las letras de la música que consumes tú sola y en grupo?

Sara: ay, (...) no es que uno diga "uy, qué buena esa letra", ¿no?, pues, pero tampoco es que uno diga "me ofendí", es como normal, pues, no me cae. Entonces como que (...) sí, normal (Sara, comunicación personal, 17 de marzo, 2022).

En este caso, se revela una perspectiva interesante sobre su experiencia musical respecto a ciertas letras. Aunque Sara no se siente impresionada o conmovida con estos mensajes y representaciones sobre las mujeres, tampoco se siente ofendida, sino que tiene una respuesta neutral. Aunque parece que esta postura, en la que se toman estas letras como "normales" pueden entenderse como una aceptación o adaptación a las interpelaciones hegemónicas; sin embargo, esta supuesta normalidad también podría interpretarse como un proceso de negociación de significados, en el que decide (consciente o inconscientemente) no sentirse ofendida o no sentirse identificada completamente con las letras de las canciones que escucha. Su "neutralidad" podría ser una estrategia para mantenerse al margen de las representaciones que se imponen desde ciertos discursos.

Un trabajo investigativo que puede relacionarse con las reflexiones que se plantean en este acápite, consiste en el artículo de Pablo Vila y Pablo Semán (2006) sobre la conflictividad de género en la cumbia villera, en Argentina, en donde la hipótesis central de su investigación fue que los posicionamientos de sujeto que se proponen desde las letras de la cumbia villera como también su música y ritmo, son evaluados de distinta forma por las múltiples narrativas que las personas de cada género utilizan para comprenderse a sí mismas (Vila & Semán, 2006).

Como la describen los autores, la cumbia villera se trata de un género con un patrón letrístico directamente sexual y acorde con un aparente incremento y transformación de formas machistas, y una reivindicación de infracciones y conductas ilegales, por lo que algunas de sus características pueden tener similitudes a las del género urbano (principalmente, del reguetón y el trap), como las temáticas que narran y su aspecto bailable.

Por esto, algunas de las preguntas que formularon Pablo y Semán (2006), son muy acertadas para este caso en concreto: “¿Cuál es el sentido o sentidos con los que circulan estas canciones entre su público, especialmente el femenino? ¿Cuál es el contexto en que interpelaciones tan directamente sexuales se han tornado populares?” (p. 1). Finalmente, en ambos casos se da una lucha discursiva respecto a la definición de lo femenino, desde lo propuesto por la hegemonía y las negociaciones que realizan las diferentes chicas que consumen estos géneros musicales.

Como los autores mencionan sobre la cumbia villera, muchas letras en el género urbano se narran desde el punto de vista masculino (de hombre heterosexual), y describen los movimientos y bailes de las mujeres como si quisieran seducirlos, sin opción a pensar que bailan para otras mujeres o para sí mismas, para disfrutar mediante su cuerpo bailando, fomentando la cosificación. No obstante, en las prácticas de producción, de escucha y de baile, poco a poco las mujeres se han apropiado del género y han estado resignificando las dinámicas que se presentan alrededor de estas experiencias musicales.

Por un lado, cada vez hay una representación más diversa en la industria musical, tanto de mujeres como de identidades queer, en las que, si bien, pueden hablar de temas sexuales, lo hacen desde su perspectiva⁶, generando una discusión mucho más abierta, dándole voz a diversos tipos

⁶ Artistas como Ivy Queen, Karol G, Villano Antillano, Young Miko, entre otras, tratan temas sobre el consentimiento, el empoderamiento femenino y el amor romántico entre mujeres. Además, el solo hecho de que tengan reconocimiento en la industria evidencia los cambios que se van presentando dentro de la sociedad, y que poco a poco van haciendo espacio para que diversos discursos y representaciones tengan más fuerza.

de experiencias y permitiendo hablar de temas que en épocas anteriores amenazaban la moralidad mucho más que ahora, como lo son la sexualidad, el placer y el disfrute del cuerpo femenino:

Sara: sí, yo creo que los hombres van es a beber y a buscar qué vieja se consiguen pa [para] besarse o pa [para] lo que sea. Las mujeres, yo siento que somos más relajadas en cuanto a eso, pues (...) las mujeres (...) como que no vamos a una discoteca a eso, pues, por lo menos, mis amigas, yo sé que nosotras no vamos a eso, nosotras vamos es a disfrutar, a pasar bueno con nosotras mismas, no nos vamos a buscar manes en una discoteca (Sara, comunicación personal, 17 de marzo, 2022).

Aunque de nuevo pareciera que Sara acepta las letras de las canciones que consume, no necesariamente actúa de la forma en que estas letras hablan de lo femenino, pues no lo hace para seducir a ningún hombre, sino para disfrutar y “pasar bueno” con sus amigas, no van en busca de alguna conquista. Si este fuera el caso, tampoco estaría mal, pues, la idea es que hayan opciones identitarias y no solo una forma de representación de las mujeres, que al menos hayan posibilidades de decisión y agencia al respecto, pues no hay necesidad de negar una búsqueda de conquista o de “buscar manes” en estos espacios para validar las reflexiones de este trabajo, ya que justamente van de la mano con la autonomía respecto al cuerpo y la visibilización del disfrute corporal femenino que históricamente ha sido negado. Así pues, estas acciones también pueden interpretarse como una forma de negociar con estas propuestas de identificación desde las prácticas musicales (escucha y baile).

También puede plantearse los modos de escucha selectiva que los autores mencionan, en donde las personas pueden llegar a borrar o a ignorar elementos que generan un conflicto ideológico como los son las letras, y enfatizar otros elementos, como los musicales y rítmicos, además, también pueden elegir ciertos contextos sociales en los cuales escuchar determinada música y conectar con determinadas canciones: ciertas canciones se ponen en las discotecas, se cantan y se bailan por las chicas, pero al momento de analizarlas, se cuestionarían (Aparicio, 1998, como se citó en Vila & Semán, 2006).

Esto da pie para hablar de otra posibilidad respecto a prácticas como el baile y la escucha en el contexto de estos ritmos y letras, entendiéndolo como una forma de conocer y relacionarse con el entorno desde el cuerpo y los sentidos sin necesidad de reflexionar constantemente sobre las

experiencias en el mundo, y criticando la idea que aún se encuentra en el imaginario colectivo respecto a la separación entre cuerpo y mente.

Al conectar los conceptos de ser-en-el-mundo y de carne, con los cuerpos femeninos que disfrutan de los espacios de baile o de escucha a pesar de cuestionar las representaciones que se encuentran en las letras de la música que consumen, puede decirse que en este tipo de situaciones el cuerpo como conexión con el entorno, puede concebirse como algo distinto al sujeto cartesiano, que existe gracias a la razón, puede entenderse como algo que se es y no como algo que se posee. La experiencia musical que surge de estas prácticas también puede interpretarse como un ser-en-el-mundo, donde el cuerpo existe, interactúa y conoce sin la necesidad de cavilar constantemente, sino experimentando el ahora, sintiendo, viviendo el mundo tal y como se presenta. En este caso, la narrativa no es lo único que compone la experiencia musical.

Volviendo a la relación entre el cuerpo y el discurso, también se puede retomar la idea de Butler (2007) sobre una construcción constante y mutua entre ambos conceptos (con el género como elemento que atraviesa y actúa sobre el cuerpo). Respecto al cuerpo hay ciertas expectativas sociales que establece un discurso, y cuando el cuerpo las cumple se valida o legitima a sí mismo dentro del marco de ese discurso, perpetuándolo y mostrándolo como algo natural. Por esto, es interesante relacionar las letras de las canciones con las construcciones identitarias del género, donde hay tanto discursos hegemónicos como subalternos, que se presentan como opciones para una identificación.

En este caso particular, las interpelaciones presentes en diversos géneros musicales buscan reproducir y perpetuar estereotipos y roles de género tradicionales, donde se presenta a la mujer como algo subordinado y cosificado, lo que es posible mediante los actos performativos de estos discursos en la música que se expresan en la realidad y que también participan en la construcción de identidad femenina según las imposiciones patriarcales, influyendo además, en la percepción social de algunos géneros musicales.

Sin embargo, hay diversos artistas que actualmente buscan subvertir este orden, creando letras que introducen otras formas de amor, de sexualidad, de deseo y de género, dando cuenta también de una sociedad cambiante, más abierta y dispuesta a aceptar y a entender la diversidad. Así pues, se puede resistir a las normas de género preexistentes, ya que al ser un proceso discursivo y performativo es claro que estas representaciones no son fijas ni imperturbables.

En la ciudad esta resistencia y subversión se ve incluso en varios espacios donde se escucha reguetón o trap, como en discotecas gay o espacios públicos donde muchos jóvenes comparten en grupo. Allí performan desde su corporalidad, desde sus conversaciones y desde sus bailes. Las formas de vestir y los consumos pueden variar dependiendo del espacio, por lo que en las observaciones realizadas se destacó una diferencia notable entre las corporalidades en los espacios públicos y en las discotecas heteronormativas⁷ (diferentes a las que frecuentan un público con identidades diversas). Poniendo como ejemplo el contraste entre el parque Lleras y el Parque de El Poblado (PP), con dos observaciones que registro en el diario de campo, la primera en un recorrido por el parque Lleras:

También, las personas, los géneros, se marcaban mucho. Conozco que en la zona hay discotecas y bares LGBTIQ+, pero se me hace extraño no ver cuerpos o estéticas más andróginas o salidas de la norma por los lugares que pasé. Las personas eran muy femeninas y muy masculinas respecto a sus apariencias, hablando como femenino y masculino lo que tradicionalmente se entiende por ello. Además, todas las personas estaban muy arregladas, como si su apariencia también tuviera que corresponderse con la estética del lugar, o de encajar en una estética en particular (Observación, 7 de abril, 2022).

Si bien, hay lugares LGBTIQ+, la mayoría de las estéticas corresponden al binario mujer/hombre, incluso si se trata de personas de la comunidad su expresión de género es muy marcada en entre estos dos. Esto no quiere decir que no se encuentren estéticas más disruptivas, sino que en su mayoría se ven las convenciones hegemónicas del género. Estas expresiones también se observan en el PP; sin embargo, allí es frecuente encontrar más “(...) estéticas diferentes, distintas al binario, un poco queer” (Observación, 7 de abril, 2022). Como también lo expresa Tatiana, una mujer que frecuenta desde muy joven espacios públicos y que ha notado el cambio respecto a las corporalidades de personas más jóvenes que ella:

Tatiana D: en esta generación todo es muy extraño.

Laura: ¿cómo así?

⁷ Con discotecas heteronormativas se hace referencia a los espacios en los que están mayormente presentes las normas heteropatriarcales en aspectos como el baile, las estéticas, los comportamientos.

Tatiana D: yo me siento vieja al lado de los pelaos, por ejemplo, de la universidad. Ya, porque yo los veo y es algo super diferente, o sea, yo he notado mucho que los looks [estilos] que vienen muy asociados, para mí, a la música, son (...) como muy neutros. Entonces uno ya es como "¿esto es un look [estilo] de niñas o un look [estilo] de niño?", o sea, realmente no lo sé.

Laura: ¿como andróginos?

Tatiana D: sí (...), he notado mucho la diferencia, por ejemplo, entre nosotros que somos viejos en la universidad y los otros muchachos, (...) como que en ellos es mucho más neutro eso del género, pues, niño o niña, ellos no lo usan mucho, (...) y nosotros sí lo usamos mucho, no despectivamente, pero sí somos más marcados en cuanto a, por ejemplo, el estilo de ropa que venga asociado a la música (...) (Tatiana D, comunicación personal, 26 de marzo, 2022).

De esta forma, Tatiana expresa que se está dando un cambio respecto al género, perceptible en las juventudes que frecuentan los espacios públicos o los sitios nocturnos, donde hay más apertura y aceptación a las diversas posibilidades de ser. Ella no solo hace referencia al género y los looks andróginos, sino a la actual dificultad de relacionar a oyentes de ciertos géneros musicales mediante la estética que tienen, algo que da cuenta del eclecticismo en los gustos musicales del que se hablaba al principio, y las múltiples posibilidades de identidad que brinda la música de las que habla Simon Frith (2003) y Pablo Vila (1996).

Las diversas narrativas que ofrecen los discursos, que también se ven presentes en los espacios y que pueden ser compartidos con grupos de personas (gustos), implica diferentes experiencias de ciudad. Como lo exponen Quiceno y Sanín (2009), los estereotipos se forman a partir de querer definir a las personas reduciéndolas solo a alguna de sus características identitarias. Estos pueden ser llevados a los espacios, propiciando que los ciudadanos se formen una idea sobre algún lugar con relación a quienes lo habitan o frecuentan, idea que puede ser determinante al momento de decidir dónde departir con los amigos. Por ejemplo, Sara habla sobre su preferencia para salir de fiesta según el "tipo" de personas que se pueden encontrar y el ambiente de la zona:

Laura: ¿por qué les gusta visitar esos lugares?, ¿por qué no otros?, pues, comparándolo con otro tipo de discotecas, ¿por qué esas y por qué no otras?

Sara: yo creo que es por el tipo de gente que uno encuentra, por el ambiente que uno encuentra.

Laura: ¿y cómo es el tipo de gente?

Sara: porque no es lo mismo salir a la zona rosa de acá, de Bello, que irse pa [para] la zona rosa de El Poblado.

Laura: ¿por qué?, ¿cuál es la diferencia?

Sara: (...) la diferencia es que usted acá, en Bello, encuentra mucho nea, (...) y el ambiente sí se siente más pesadito. En cambio, en El Poblado usted encuentra gente pa [para] todo, y depende del lugar a donde usted vaya, usted va a encontrar ese tipo de gente, entonces usted dice que quiere algo más relajado, pues no se va pa [para] una discoteca que sea tan caché. Si quiere algo como más high [alto], usted ya busca otra discoteca que sea más gomelita. Entonces uno ya busca otro lugar así, que sea como más, por así decirlo, exclusivo. Entonces nosotros preferimos eso (...) como por evitar cosas que le puedan pasar a uno acá, en Bello (...)

Laura: ¿qué era lo que me habías dicho recién, [sobre] lo exclusivo?

Sara: porque (...) muchas veces, en las discotecas, se reservan el derecho de admisión, empezando (...) por eso, ¿cierto? El cover no lo paga cualquier persona, pues, porque siempre es altico y aparte no incluye nada. Y ya lo que uno vaya a consumir adentro, pues, es más costoso, entonces ya uno sabe que allá no va a ir (...) como cualquier persona (Sara, comunicación personal, 17 de marzo, 2022).

Sara menciona que prefiere ir de fiesta en El Poblado, porque en Bello se encuentra mucho “nea”, palabra que se suele usar tanto para saludar como para insultar o calificar a alguien y que estuvo asociada a las personas que habitan los barrios en Medellín. Actualmente se utiliza mucho en el ámbito de la música urbana, asociándose también con cierta estética: ropa ancha, gorras y ciertos cortes de cabello (El Tiempo, 2023).

Sara dice que hay un ambiente pesado en Bello, mientras que en El Poblado hay mucha más variedad y gente de todo tipo, como si en este sitio convivieran personas de gustos diferentes; pero no todos pueden acceder a los espacios ofrecidos. Al hablar de lo exclusivo que es un sitio también hace referencia al poder adquisitivo que se debe tener para acceder a este. Por lo tanto, se puede interpretar que asocia los lugares para salir de fiesta en el norte (Bello) con personas “neas” e

inseguridad, mientras que en El Poblado hay diversas opciones, como los lugares a los que se tiene acceso si se tiene el dinero requerido, donde también se encontrarán personas que tienen acceso a este tipo de consumos, es decir, el dinero. Tatiana S tiene una percepción similar de la ciudad, aunque con otros puntos importantes:

Tatiana S: pues, a mí siempre me ha gustado rumbear [salir de fiesta] en el Poblado porque el ambiente de las discotecas es diferente (...) al de, por ejemplo, Bello, ¿cierto?

Laura: ¿y por qué?

Tatiana S: en Bello se siente un ambiente más de comuna, un ambiente más pesado. Siento que el tema (...) de la violencia social, de los combos [bandas criminales], de todo lo que uno escucha, influye mucho y se ve mucho. En el Poblado se ve también de todo y, de hecho, se ven otro tipo de problemáticas sociales como (...) ¿cómo se les llama a las mujeres (...)?

Laura: ¿trabajadoras sexuales?

Tatiana S: sí, eso. Se ve mucho, por ejemplo, el tema de las trabajadoras sexuales, el tema de gente con mucho poder, (...) que son, no sé, narcos.

Laura: ¿entonces también sería por una cuestión de seguridad? Pues, [por] que decías (...) lo de los combos [bandas criminales] y todo eso.

Tatiana S: pues sí y no, porque igual uno va y lo pueden robar, en El Poblado roban mucho. Pero uno en Bello también siente un ambiente más pesado y uno sabe que hay gente con pistola, uno no dice que en El Poblado no, demás que también, pero en Bello uno sabe que eso es más frecuente y no sé, solo se siente pesado. Obviamente hay mero [un gran] estigma social, pero es un estigma de violencia, en El Poblado puede ser más un estigma (...) de inseguridad, porque como es la zona high [alta], obviamente los ladrones van a estar pendientes (Tatiana S, comunicación personal, 18 de marzo, 2022).

En la comparación que las chicas realizan de las dos zonas, ambas perciben a Bello como un lugar con un “ambiente pesado” (para salir de fiesta). Tatiana S aclara un poco más esta idea; si bien, en El Poblado hay diversas problemáticas sociales como la presencia de narcotraficantes, prostitución y hurtos, esta inseguridad es percibida de forma distinta a la de Bello, de la que tienen una sensación de violencia (ligada a las bandas criminales), donde el peligro es más palpable y

directo, mencionando que incluso pueden encontrarse personas armadas. La diferencia radica en la percepción del tipo de inseguridad. Tatiana S es consciente del estigma social del que hacen parte estas ideas sobre las zonas del Área Metropolitana; sin embargo, siguen siendo determinantes para decidir a dónde ir cuando sale de fiesta.

Otro factor determinante respecto a la participación de las mujeres jóvenes en actividades de ocio y que puede estar ligado tanto al género como a los espacios, realidades e imaginarios, consiste en los permisos familiares. Dependiendo de los lugares, horarios, estigmas territoriales y factores relacionados con una conexión histórica de la mujer habitando determinados espacios sociales, se puede limitar su acceso a algunos entornos:

Siguiendo, en lo que concierne al género, a pesar de que a las mujeres jóvenes se les ha vinculado a los asuntos domésticos y también a su posición dentro de una sociedad falocentrista, se han visto restringidas a una menor libertad respecto a los jóvenes, por lo tanto, han sufrido una mayor sobreprotección por parte de sus familias, viéndose reflejados en la limitación de sus prácticas y adhesión en las culturas juveniles. Aunque los tiempos van cambiando, paulatinamente su presencia y rol ha ido ganando espacios en la actualidad (...) (Vera, 2018, p. 57).

Por un lado, esta sobreprotección se entiende como el miedo de los padres, otros cuidadores o allegados, a la exposición de los peligros que se pueden correr al salir. Y aunque podría ser un miedo sustentado en la percepción de la mujer como alguien delicada y vulnerable, también es cierto que además de otros problemas de inseguridad, como los robos, se pueden presentar violencias de género en una cantidad mayor a la que no están expuestos los hombres cisheterosexuales. Este miedo aumenta cuando se trata de lugares alejados de la casa o cuando salen con personas que los padres no conocen:

Laura: para acceder a esos lugares o a esas salidas, pues con tus amigos (...), ¿es fácil acceder?, o sea, en cuanto al transporte, a dinero, a los permisos familiares (...)

Carolina: el permiso, (...) el permiso, pues, mi mamá es súper (...), entonces digamos que no le gusta mucho, por ejemplo, [que salga] con los de la liga, que ellos sí viven más como (...) en el norte (...), entonces hacen planes como más retirados de mi casa [Envigado], (...)

a ella no le gusta. A mí no me gusta pedir casi permiso. Pero con mis otros amigos sí, normal, como son en centros comerciales y están tan cerca de la casa, pues, no hay problema (Carolina, comunicación personal, 12 de marzo, 2022).

Así, aunque no para todas las mujeres jóvenes, los permisos familiares son un obstáculo para desplazarse por la ciudad, gracias a la inseguridad y las violencias de género que constantemente suceden, algunos padres y madres temen que se desplacen a ciertas distancias y en ciertos horarios. Se prefiere que salgan por zonas que sean cercanas a su casa. Igualmente, algunas manifiestan preferir zonas cercanas a su hogar, pero por el tráfico, en el caso de usar un medio de transporte propio como automóvil o motocicleta.

6.1. Percepciones sobre algunas zonas del AMVA

Así, Medellín y su Área Metropolitana se perciben de forma específica, con características asociadas a quienes la habitan. Otra forma de ver algunos estereotipos territoriales radica en lo que las chicas piensan de quienes habitan ciertas zonas. Por ejemplo, Sara habla sobre las actividades que realizan los jóvenes comparándolos respecto al sur y al norte del Área Metropolitana. Sobre las personas del sur piensa que: “(...) los pelaos de por allá tienen carro, o sea, cualquier culicagado [niño/persona inexperta], tiene carro, entonces se va a pasear con sus amigos. Los de por allá salen a fincas porque les da (...)”, como también menciona que tienen la facilidad de salir todos los días a comer en la calle, mientras que los jóvenes del norte pueden “irse a andar a un centro comercial o irse pal [para el] polideportivo a parchar [pasar tiempo] con sus amigos, pero así, planes súper tranqui” (Sara, comunicación personal, 17 de marzo, 2022).

Por otro lado, Tatiana D asocia la música que los espacios ofrecen en determinados lugares del Área Metropolitana. Ya que el sur tiene espacios de fiesta más populares, ella lo asocia con que “generalmente siempre están escuchando música pachangosa [de fiesta], la música pa [para] bailar, la música pa [para] parrandear, para beber”, y aunque también reconoce que en el norte existen este tipos de espacios, asocia la zona con otros géneros musicales que pueden relacionarse con una tendencia a la protesta: “pero acá también se tiende a escuchar otro tipo de música, el rock, el punk, el ska, cosa que yo (...) ¿punk en el sur?, nunca, jamás en la vida” (Tatiana D, 26 de marzo 2022).

Igualmente, el centro de la ciudad sí es percibido como peligroso e inseguro por la mayoría de las mujeres, como Ana AT lo menciona:

pues (...) yo los percibo normales [las zonas del AMVA]. El centro no, el centro me da miedo, porque [en] el centro (...) uno entiende que hay como una población distinta que puede ser más agresiva o (...) que va a intentar intimidarlo a uno para sacarle cosas, como los habitantes de calle que lo ven a uno mal parqueado y saben que uno es un inexperto del centro y se le tiran. Ya me ha pasado en la minorista (Ana AT, comunicación personal, 14 de marzo, 2022).

6.2 Dinámicas en las discotecas

Continuando con los entornos que las mujeres jóvenes deciden visitar, las discotecas como espacio de ocio juvenil tienen dinámicas específicas, y dependiendo de la zona en la que están ubicadas son frecuentadas o evitadas por las chicas, propiciando ciertas formas de distinción. Además, son lugares donde también se pueden ver ciertos elementos que evidencian roles de género o comportamientos y corporalidades asociados. Para dar cuenta de estas dinámicas es necesario conocer lo que dice Margulis (1997) sobre la juventud y la noche, como también lo que expone Ramírez (2012) sobre los jóvenes que asisten a los antros en México.

Así pues, Mario Margulis habla de noche, juventud y consumo en el primer capítulo de *La cultura de la noche: la vida nocturna de los jóvenes en Buenos Aires* (1997), para dar cuenta de las modificaciones en la cultura urbana mediante cambios en las formas de diversión. Buenos Aires ha tenido transformaciones políticas, económicas y socioculturales que se ven reflejados en la ciudad, principalmente, en los ritmos y usos que los individuos hacen de esta. En la noche hay un tipo de cambio en el que se resignifica la ciudad y hay una ilusión de libertad mediante el manejo del tiempo, ilusión de desprendimiento del poder que se ejerce en el mudo adulto, el control aplicado a los jóvenes en la ciudad cuando hay luz de día.

Algunos de los sitios que funcionan con esta lógica de día/noche, en donde los jóvenes tienen una ilusión de poder durante el tiempo en el que los “adultos” (quienes poseen el poder) duermen, son las discotecas. Sitios que tienen dinámicas propias, como Ramírez (2012) lo explica,

estas diferencias pueden notarse en momentos específicos, como lo son la entrada al sitio y cómo se reparten en el espacio.

Aunque la autora realiza el estudio entre jóvenes de clase media y alta, estas diferenciaciones también pueden notarse en las discotecas accesibles de Medellín. En algunos de estos sitios, las entradas siempre están acompañadas de hombres que requisan y de otras personas que cobran la entrada. Muchos sitios se reservan el derecho de admisión, deciden si dejan entrar a las personas según ciertas características, como la económica o la estética. Por esto, la fiesta comercial que disfrutaban los jóvenes y que se vende como un espacio accesible para todos, realmente es controlada por otros que determinan quién puede entrar.

El mercado propone que todos tenemos las mismas oportunidades de consumir ciertos bienes (si es que podemos pagarlos), pero esto no es real: En el caso de las discotecas, este rasgo se puede apreciar de una manera mucho más clara en tanto que no todos pueden consumir estos espacios; se hace una diferenciación entre los que entran y los que no, los que pueden y los que no participar en esta fiesta nocturna; el mercado elige a quienes considera aptos para consumir (Ramírez, 2012, pp. 5-6).

Por otro lado, la distribución en el espacio es un factor que está asociado a los consumos, donde los mejores sitios con mesas y asientos se reservan, diferenciándose de quienes tienen que permanecer de pie, bailando. Demostrando así un estatus dentro de la discoteca (Ramírez, 2012). Al igual que las personas que consumen licores costosos y en grandes cantidades, como si no tuvieran ningún problema para gastar dinero:

(...) yo veo es un derroche impresionante. Una gente que (...) se nota que no tienen limitaciones económicas, entonces uno puede ver fácilmente cinco botellas de vodka carísimo en una mesa (...) es gente que se preocupa es al final de la noche por pagar; y, generalmente esas mesas que uno ve que tienen como (...) alcohol, mucho alcohol o alcohol muy caro, son mesas que están como (...) unos tres o cuatro manes y un montón de mujeres, es algo que uno ve allá (...) (Ana AT, comunicación personal, 14 de marzo, 2022).

Esto es común, ya que en la fiesta se consume y se desinhibe, por lo que el consumo de alcohol es una parte fundamental. No obstante, un aspecto interesante en este fragmento se trata de la cantidad de mujeres que están junto a pocos hombres, quienes probablemente eran los que pagaban el licor, pues, en muchos de estos sitios se tiende a no cobrarle la entrada a mujeres en ciertos días, para así incentivar el ingreso de hombres que van en un plan de conquista y que tienden a gastar más dinero.

Igualmente, otra de las diferenciaciones que se pueden dar dentro de estos espacios radica en la apariencia, por ejemplo, Sara habla de que en los sitios de El Poblado (principalmente en Provenza) y en los de Bello hay diferencias:

La forma de vestir sí cambia, pues acá [Bello], siento yo que (...), uno va allá [a El Poblado] [y] también encuentra [mujeres] así, pero como que se ve que (...) no sé, (...) no son como casi todas, en cambio, uno acá en Bello, sale y como que, ¡ay no! (Sara, comunicación personal, 17 de marzo, 2022).

6.3 Ecos de la ciudad: sonidos, cuerpos e identidades. Reflexiones sobre la construcción de este trabajo.

Cuando reflexiono sobre la razón por la que decidí abordar este tema en mi trabajo de grado, me vienen a la mente dos razones: primero, por curiosidad, y segundo, para responder preguntas que me han acompañado durante la adolescencia y parte de la adultez asociadas a las actividades de ocio y a cómo la música influye en la construcción identitaria. He estado involucrada en el campo musical siendo estudiante de música en mi infancia y mi adolescencia, por lo que estos temas han sido y hacen parte de mi continua historia de vida. Así pues, en esta investigación intento darle sentido a estas preguntas y experiencias con las herramientas que me ha brindado la formación en antropología.

Además, como a muchas personas, me interesa explorar nuevos sonidos y me gusta compartir mis preferencias musicales con las personas que me rodean. En varias ocasiones, he compartido experiencias con amigos en conciertos u otras salidas en las que escuchamos música. A veces bailábamos en discotecas y en otros momentos íbamos a charlar a lugares públicos, momentos que disfrutábamos; pero, según conocía a personas que frecuentaban lugares distintos y

realizaban otras actividades, me preguntaba ¿por qué yo no visitaba ciertas zonas?, o ¿por qué no disfrutaba de ciertas actividades? Con el tiempo me percaté de que por lo que realmente me estaba preguntando era por mis gustos y preferencias.

Así pues, una de las formas en la que comencé a articular estas experiencias e interrogantes con la antropología fue preguntándome por las otras identidades que vamos adquiriendo a lo largo de la vida, que se construyen de la mano de los demás y que van transformándose por diversas razones.

Inicialmente, quise explorar el género, centrándome en las experiencias y opiniones de mujeres jóvenes, así como en las formas por las que la clase social puede influir en las interacciones que se dan en los espacios de ocio y sus gustos; sin embargo, encontré dificultades metodológicas en este aspecto. Aunque estaba motivada por el tema, acceder al sector de la clase alta fue sumamente difícil para mí, por no decir imposible. Por lo que, en vez de hablar de una clase social en específico, decidí encontrar similitudes y diferencias en las percepciones que las mujeres tenían de la música y sus actividades en la ciudad, como también de quienes la habitan.

Identifiqué imaginarios sobre algunas zonas del Área Metropolitana que permiten a las jóvenes diferenciarse de otras personas con las que comparten el territorio, como también de las muchas ocasiones en las que reproduje algunos de estos imaginarios y estereotipos sin ser consciente de ello. En medio de mi reflexión, me pregunté si estas ideas preconcebidas sobre las personas de ciertos lugares influían en mi forma de relacionarme con ellas y los espacios. Y de alguna manera, sí lo hacían. Asociaba ciertos grupos de personas o profesiones a lugares específicos, ya sea por su apariencia o los trabajos que podrían desempeñar.

También me preguntaba por el género, su construcción y relación con las experiencias y prácticas musicales que se dan en la ciudad. Desde que era pequeña, el haber nacido con determinado cuerpo siempre implicó ciertas cosas de las que no fui consciente hasta hace poco. Había expectativas sobre cómo debía vestirme, sentarme, hablar y los intereses que debía tener. Se esperaba ciertos comportamientos hacia mí por parte de los demás. También, me percaté de que las canciones que escuchaba mostraban a la mujer de determinada forma, en general, desde los medios y ciertos sectores había un discurso que estipulaba lo que era y debía ser una mujer o un hombre. Pero no dimensionaba el poder que tenían estas representaciones y discursos en la vida cotidiana, tanto para mí, como para otras chicas, chicos y personas con identidades de género diversas.

Me impresionaba cómo los comportamientos podían variar dependiendo del espacio que ocupara mi cuerpo. Si iba a un espacio religioso, debía vestirme recatada, sentarme correctamente y comportarme en silencio. Si iba a la escuela, era lo mismo. Y si iba a una discoteca, debía usar ropa a la moda, bailar y comportarme de cierta manera. No estaba en desacuerdo con estas normas, pero parecían ser reglas que todos seguíamos como algo natural. Incluso me di cuenta de las posturas que adoptaba al caminar o de mis comportamientos en la calle porque, en muchas ocasiones, me sentía en peligro o insegura por lo que podría pasar o lo que podrían decirme en función de mi forma de vestir o caminar. Esto era debido a una combinación de experiencias e imaginarios que tenía sobre los lugares que recorría. Todo lo mencionado me llevó a reflexionar sobre cómo estas experiencias influían en nuestros gustos y comportamientos al relacionarnos en los espacios que ocupamos cotidianamente.

Fue una experiencia interesante y enriquecedora. Aunque se trató de un proyecto académico, a veces me dejé llevar por las charlas, las fiestas, la música y las emociones. Sin embargo, esto también me permitió conocer y compartir experiencias con otras chicas que conversaron conmigo para la investigación, y generar reflexiones a partir de sus experiencias y opiniones, como también plantearles dudas sobre temas por los que no se preguntan a menudo. Como menciona Rendón (2016):

(...) a medida que se establecen vínculos entre el investigador y su propia subjetividad, se comprende que un antropólogo es un ser humano sensible que no puede alejarse de una realidad para estudiarla. Es mucho más enriquecedor romper las barreras entre el objeto estudiado y el sujeto investigador, que también se han establecido en Occidente al separar la mente del cuerpo. De esta manera, se pueden construir puentes propositivos que permitan a las personas apropiarse de su realidad y nombrarla (p. 14).

En resumen, estas vivencias y reflexiones pueden dar cuenta de las dinámicas sociales e identitarias que se viven en la ciudad, relacionadas con los sonidos y los espacios que habitamos a lo largo de la vida. Estos aspectos están conectados con nuestra forma de relacionarnos con los otros y nosotros mismos, como también de entendernos desde las diversas posiciones que ocupamos en la sociedad, como el ser joven y el ser mujer.

7 Conclusiones

El objetivo de este trabajo fue dar respuesta a una pregunta central: ¿cómo se relaciona la juventud, el género y el espacio en la construcción identitaria de mujeres jóvenes mediante sus experiencias musicales y prácticas de ocio?, a partir de revisión bibliográfica, conversaciones y observaciones con las que se establecieron relaciones y diferencias mediante su comparación con el contexto local de la ciudad. Igualmente, esto permitió hablar de construcciones identitarias en las mujeres a través de la música y los consumos juveniles, algo posible gracias a la interacción de categorías, discursos y estereotipos. El análisis se erige como una aproximación a las realidades sociales juveniles y femeninas que crean su realidad y forman su identidad mediante narrativas, asociaciones y distanciamientos con los otros que comparten un territorio.

Al inicio y en el transcurrir de la investigación tuve ideas de lo que encontraría; pero gracias a las lecturas y conversaciones realizadas pude notar que algunas ideas permeadas por mi subjetividad. Al querer incluir un enfoque de género, de cierta forma esperaba que todas las mujeres entrevistadas tuvieran algo que decir desde una perspectiva feminista. Que así fue en la mayoría de los casos, pero que no siempre se dieron opiniones partiendo del marco interpretativo que brinda el feminismo como base para cuestionar nuestra posición en la sociedad, sino que se llegaban a opiniones o posicionamientos de este tipo desde concepciones y prácticas que también participaban en la lucha discursiva contra las representaciones hegemónicas de la mujer.

Cuando se indagó por la juventud y cómo se construyó el concepto con el tiempo, se puede evidenciar que los cambios dados en su concepción han sido gracias a la inclusión de otras categorías para su análisis. Respecto al género en los estudios sobre juventud, es necesario pensar en la relación con otras generaciones y cómo esto puede influir en qué sitios de la ciudad visitan. En ocasiones sus padres tienden a sobreprotegerlas más que los hijos varones. Prefieren que frecuenten lugares cercanos a las casas y en horarios determinados, considerando que la mayoría de estas mujeres se movilizan en transporte público y que hay zonas percibidas como peligrosas e inseguras por quienes habitan la ciudad. Por esto, los permisos familiares fueron recurrentes como posibles limitantes al momento de salir con amigos a lugares de ocio nocturno.

Asimismo, al preguntarse por la música compartida en estos espacios, suelen haber gustos comunes en el grupo. Si bien, individualmente escuchan cosas diferentes, cuando se reúnen con amigos acostumbran a consumir determinados géneros musicales dependiendo del contexto en el

que se reúnen (si es festivo o conversacional), como también de los espacios en los que se encuentren. El género musical que suele escucharse en grupo y en contextos de consumo y disfrute juvenil, generalmente, es el urbano (principalmente el reguetón y el trap). El gusto por este género es dividido, por un lado, hay chicas a las que les disgusta por su letra y baile, considerándolos como denigrantes, cosificadores y sexualizantes, hay otras que lo consumen y lo bailan, aunque los contenidos de sus letras puedan ofender e incomodar a muchas otras.

Cabe aclarar que el género musical es directo respecto a temas como el sexo y las drogas y sus letras son principalmente escritas desde una perspectiva masculina, por lo que tiende a hablarse de la mujer como objeto de deseo y que está allí para complacer esta perspectiva. Por lo que muchas mujeres cuestionan estas representaciones al no sentirse identificadas con los discursos propuestos por el poder (patriarcales y heterosexuales). Discursos que pueden subvertirse y negociarse ya que se tratan de construcciones lingüísticas.

Esto no quiere decir que las mujeres que consumen estos géneros y los bailan, aceptan totalmente estas representaciones, sino que presentan otras estrategias para hacer parte de la fiesta sin incomodarse por los contenidos letrísticos de las canciones. Se pueden dar procesos de escucha selectiva, en donde se ignoran los elementos que generan un conflicto ideológico (la letra) y se concentra en los demás elementos que componen la experiencia (la música y el ritmo). Por lo que, en el momento previo a cuestionar las letras, las mujeres están bailando y disfrutando del ambiente festivo mediante experiencias corporales, que para su goce no necesitan de una constante reflexión. Esto no quiere decir que en otros momentos no cuestionen estas representaciones, y tampoco quiere decir que no se deban cuestionar.

Igualmente, en la actualidad muchas mujeres y personas con otras identidades de género se encuentran en la industria musical, desde donde fomentan la construcción de otras propuestas discursivas de género, sexo y deseo, que se erigen como otras posibilidades en la lucha discursiva por el sentido y la identidad.

Por otro lado, la relación con los espacios parte de los gustos, la clase, los consumos y las dinámicas de distinción. Donde la clase se entiende como una relación de elementos que forman un estatus o una posición social determinada. No se limita al poder adquisitivo, sino que consiste en la relación entre el lugar de origen, los conocimientos, las profesiones, los ingresos, entre otras posibilidades.

En Colombia hay una particular forma de clasificación social respecto a la clase, que parte de los estratos socioeconómicos, una clasificación estatal que pretende garantizar el acceso a servicios públicos a toda la población. Las personas de mayores ingresos subsidian a quienes tienen más bajos recursos, clasificaciones que se vincularon a ciertas zonas de la ciudad y el Área Metropolitana (en el caso de Medellín). Es así como esta forma de clasificación institucional se convirtió, con el tiempo, en una forma de clasificación social entre los habitantes y de segregación espacial, en donde se comenzaron a formar estereotipos.

Estos estereotipos tienen como función explicar lo que se desconoce del otro, una explicación desde la lejanía basada en prejuicios. Además, estas concepciones sobre las personas de un lugar se ligaron al lugar mismo, por lo que muchas personas deciden ir o no ir a zonas específicas, debido a las ideas preconcebidas o exageradas de quienes las habitan.

Así pues, los gustos por ciertos lugares no son ajenos a estas formaciones estereotípicas, por lo que determinan fuertemente los espacios de disfrute nocturno que las mujeres jóvenes deciden frecuentar y evitar. Algunas mujeres entrevistadas usaban palabras como “nea” o “grilla”, que se refieren a estereotipos ligados al barrio y a libertad sexual (que usan cierta ropa y tienen ciertos comportamientos), como determinantes para preferir las discotecas en el sur de la ciudad (El Poblado), que las del norte del Área Metropolitana (Bello), donde se encuentran dichas personas. Mencionan que en el sur hay muchas más opciones, donde a veces se pueden sentir exclusivos al acceder a sitios que otras personas no puede pagar, como también a un consumo costoso de alcohol.

Aunque la identidad es un proceso constante y nunca finaliza, la juventud es una etapa importante en esta construcción. Por lo tanto, las experiencias y las prácticas que la moldean deben analizarse para hablar de mujeres jóvenes, pues allí encuentran diversas propuestas mediante el relacionamiento social que involucra discursos, corporalidades, gustos, estereotipos y una construcción intersubjetiva de la realidad.

Referencias

- Alabarces, P. (2008). Posludio: Música popular, identidad, resistencia y tanto ruido (para tan poca furia). *Revista transcultural de música* (12).
- Ariño, A. (2007). Música, democratización y omnivoridad. *Política y Sociedad*, 44(3).
- Asociación de Academias de la Lengua Española. (s.f.). *Grillo*. Diccionario de americanismos. <https://www.asale.org/damer/grillo>
- BBC News Mundo. (2022). *Cómo ven los colombianos los estratos que separan la sociedad del 1 al 6: "La humillación más grande que nos hicieron"*. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-60174314>
- Blanco, D. (2021). Jóvenes de clase alta de Medellín. Espacialidad, distinción, consumos, interacción y discriminación. En: Blanco, D. (ed.). *Mundos de vida entre los jóvenes de Medellín: identidad, espacio y medios masivos* (pp. 149-191). <https://bibliotecadigital.udea.edu.co/handle/10495/19129>
- Bourdieu, P. (1998). *La Distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Taurus (Original 1979).
- Butler, J. (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Ediciones Paidós (Original, 1990).
- Citro, S. (2006). *Variaciones sobre el cuerpo: Nietzsche, Merleau-Ponty y los cuerpos de la Etnografía*. Elina Matoso (comp.) El cuerpo in-cierto. Corporeidad, arte y sociedad. Letra Viva. Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires.
- Díaz, D. (2023). ¿Qué es un "nea" en Colombia? *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/cultura/gente/que-es-una-nea-en-colombia-786220>
- Frith, S. (2003). *Música e identidad. Cuestiones de identidad cultural* (pp. 181-213). Amorrortu editores.
- Hormigos, J., & Martín, A. (2008). La construcción de la identidad juvenil a través de la música. *Revista Española De Sociología*, (4). <https://recyt.fecyt.es/index.php/res/article/view/64973>
- Margulis, M. & otros. (1997). *La cultura de la noche: la vida nocturna de los jóvenes en Buenos Aires*, cap. I (pp. 11-30). Biblos.
- Margulis, M., & Urresti, M. (1998). La construcción social de la condición de juventud. En Cubides, H., Laverde, M. & Valderrama, C. (eds.). *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*, (pp. 3-21). Fundación Universidad Central, Siglo del Hombre Editores.
- Medellín Cómo Vamos. (2020). *Informe de calidad de vida de Medellín 2020. Enfoque de género*. <https://www.medellincomovamos.org/sectores/pobreza-desigualdad-y-demografia>
- Medellín Cómo Vamos. (2022). *Informe de calidad de vida de Medellín 2022*. https://www.medellincomovamos.org/system/files/2024-04/docuprivados/20240104_ICV%20MEDELLIN.pdf

- ONU Mujeres, Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE), & Consejería Presidencial para la Equidad de la Mujer (CPEM). (2022). *Mujeres y hombres: Brechas de género en Colombia 2022*. Resumen ejecutivo <https://colombia.unwomen.org/es/digital-library/publications/2022/11/mujeres-y-hombres-brechas-de-genero-2022>
- Pérez, J. (2008). Juventud: un concepto en disputa. En J. Pérez, M. Valdez & M. Suarez, *Teorías sobre la juventud. Las miradas de los clásicos* (p. 9- 33). México: Editorial Miguel Ángel Porrúa.
- Quiceno, N., & Sanín, P. (2009). Estigmas territoriales y distinciones sociales: configuraciones espaciales en la ciudad de Medellín. *Anagramas*, 7(14), 115-132.
- Ramírez, A. (2012). ¡Hoy es noche de antro! La discoteca como espacio productor de diferenciación social entre los jóvenes de Cuernavaca, Morelos, México. *Gazeta de Antropología*.
- Rendón Zapata, M. (2016). *Apropiaciones, negociaciones y espacialidades de la salsa en Medellín: las comunidades de sentido como marco metodológico para el estudio de música en contextos urbanos* [trabajo de grado para optar al título de Antropóloga]. Repositorio Universidad de Antioquia.
- Tipa, J. (2015). Una aproximación a clase social, género y etnicidad en el consumo de música entre los estudiantes de la Universidad Intercultural de Chiapas. *Cuicuilco Revista de Ciencias Antropológicas*, 22(62), 91-112. <https://revistas.inah.gob.mx/index.php/cuicuilco/article/view/6205>
- Vera, R. (2018). *Experiencias musicales y prácticas espaciales y culturales de los jóvenes en la producción de sentidos de ciudad en Medellín: en cuatro espacios de ocio y esparcimiento* [Trabajo de grado para optar al título de Maestría en Antropología]. Repositorio Universidad de Antioquia.
- Vila, P. (1996). Identidades narrativas y música. Una primera propuesta para entender sus relaciones. *Revista Transcultural de música*, (2).
- Vila, P., & Semán, P. (2006). La conflictividad de género en la cumbia villera. *Revista Transcultural de Música*, (10).

Anexos

Anexo 1. Entrevista semiestructurada

Preguntas de caracterización

1. ¿Qué edad tienes?
2. ¿Cuál es tu lugar de residencia actual? ¿y qué estrato es?
3. ¿Cuál es tu nivel educativo?
4. ¿Cuál es tu ocupación?

Entrevista

5. ¿Qué opinas sobre la música?
6. ¿Qué música escuchas? ¿O qué géneros prefieres?
7. ¿Por qué te gustan?
8. ¿Cómo iniciaron estos gustos? -familiares, amigos, búsquedas personales, radio
9. ¿Qué es lo que más te interesa de una canción o a qué le pones más atención? (letras, sonidos, ambas, ninguna, lo visual, otras cosas)
10. ¿Qué te gusta hacer cuando sales con amigas/os?
11. ¿Salen de fiesta?
12. ¿Qué lugares frecuentan y por qué les gusta visitarlos?
13. ¿Con qué regularidad los frecuentan?
14. ¿Cuánto pueden llegar a gastar y en qué?
15. ¿Dónde están ubicados estos lugares?
16. ¿Es fácil acceder a ellos en cuanto a transporte, dinero, padres, familiares u otras posibles dificultades?
17. ¿Qué música consumen/escuchan en estos lugares?
18. ¿Lo que escuchas cuando estás en grupo con tus amigos/as es lo mismo que escuchas a solas?
19. ¿Qué opinas sobre la representación de la mujer en las letras de la música que escucha? (sola y/o en grupo)
20. ¿Qué temas tratan las canciones que escucha?

21. ¿Qué opina sobre las actividades y comportamientos en estos espacios? (el baile, el consumo.)
22. ¿Qué opinas sobre las otras mujeres que también van a estos espacios?
23. ¿Has ido a este tipo de espacios, pero en otras partes del área metropolitana? --Dependiendo del caso: norte, centro, sur
24. ¿Qué piensas de estos lugares?
25. ¿Qué piensas de las personas de estos lugares? (sobre la música que escuchan, sobre sus actividades de ocio, lo que les gusta, comportamientos, apariencia.)

Anexo 2. Consentimiento informado

“Relaciones entre juventud, género y espacio en la construcción identitaria de mujeres jóvenes a través de experiencias musicales y prácticas de ocio en zonas de Medellín y el Área Metropolitana del Valle de Aburrá”

- Siéntase en completa libertad de preguntar todo aquello que no entienda.
- Una vez haya comprendido la información, se le preguntará si desea participar del estudio. En caso afirmativo, deberá firmar este documento y recibirá una copia.

Descripción general

La presente investigación, a cargo de Laura Londoño Diosa, estudiante de antropología de la Universidad de Antioquia, se propone indagar sobre las Relaciones entre juventud, género y espacio en la construcción identitaria de mujeres jóvenes a través de experiencias musicales y prácticas de ocio en zonas de Medellín y el Área Metropolitana del Valle de Aburrá, con el fin de ampliar la información que hasta el momento se tiene sobre las experiencias y vida de mujeres jóvenes, sus diversas realidades y prácticas; encontrando formas de concebir el mundo, de concebirse a ellas mismas y su vida social desde la música que escuchan. Lo que permitirá dar cuenta de la relación entre las categorías de clase, género y consumo musical.

¿Por qué fue usted elegida para este estudio?

Para la investigación se estableció que las participantes sean mujeres entre los 18 y 28 años y habitantes de Medellín y/o el Área Metropolitana del Valle de Aburrá. Por otro lado, para personas

menores de edad pueden darse mayores restricciones en cuanto al acceso a prácticas de ocio nocturnas, y en muchas ocasiones hay personas mayores con ciertas responsabilidades que no les permiten mantener un ritmo de vida joven, por lo que sería complejo analizarlas desde la categoría de joven.

Riesgos e incomodidades

La investigación no supone algún tipo de riesgo y no involucra incomodidades físicas o psicológicas para la participante.

¿Cómo será la participación en el estudio?

Su participación requiere del siguiente procedimiento, que usted podrá libremente aceptar o rechazar:

Se le realizará una entrevista con preguntas sobre la música, sobre lo que escucha a solas y en grupo, sobre las letras de las canciones, sobre las actividades que realiza con sus amigos/as, sobre sus percepciones respecto a las zonas del Área Metropolitana del Valle de Aburrá y las personas pertenecientes a ellas.

El espacio para realizar la entrevista se determinará en un diálogo previo con el fin de propiciar un espacio cómodo y seguro para ambas personas, que permita un buen desarrollo de la entrevista.

Garantías de su participación

La investigación no cuenta con ningún incentivo económico, político o laboral, ya sea para la institución (Universidad de Antioquia), las participantes o la estudiante que realiza la investigación, ya que toda la investigación es con fines académicos.

Así pues, la información brindada se mantendrá bajo estricta confidencialidad. Solo la estudiante y quien asesora su proyecto tendrán acceso a los datos proporcionados en la entrevista, los cuales tienen el único fin de cumplir con la recolección de información de la investigación, y posteriormente, el análisis de los datos.

Su participación será completamente voluntaria y tendrá el derecho de retirarse en cualquier momento si así lo desea. Igualmente, si desea que la información que usted brinda no sea utilizada, lo podrá comunicar y se respetará su decisión.

Se le informará de los resultados obtenidos en el proyecto. También podrá contactar al personal del estudio en cualquier momento.

Aceptación

Reconozco que la información que yo provea en el curso de esta investigación es estrictamente confidencial y no será usada para ningún otro propósito fuera de los de este estudio sin mi consentimiento. He sido informada de que puedo hacer preguntas sobre el proyecto en cualquier momento y que puedo retirarme del mismo cuando así lo decida, sin que esto conlleve algún perjuicio para mi persona.

Por favor, marque con una “X” en caso de que acepte o no acepte lo siguiente:

Autorizo a la investigadora del estudio “Relaciones entre juventud, género y espacio en la construcción identitaria de mujeres jóvenes a través de experiencias musicales y prácticas de ocio en zonas de Medellín y el Área Metropolitana del Valle de Aburrá” para:	Acepto	No acepto
Realizar la entrevista descrita en este documento, necesaria para la realización del estudio de investigación		
Permitir la grabación de la entrevista (solo audio)		
Permitir el uso de la información recolectada para fines académicos		
Comunicarse conmigo en caso de dudas pertinentes		
Usar mi nombre en la investigación únicamente con fines académicos		
En caso de no aceptar el uso de mi nombre, deseo que use la información que brindo de manera anónima o con algún seudónimo:		

Firma de la participante

Firma de la investigadora

Fecha